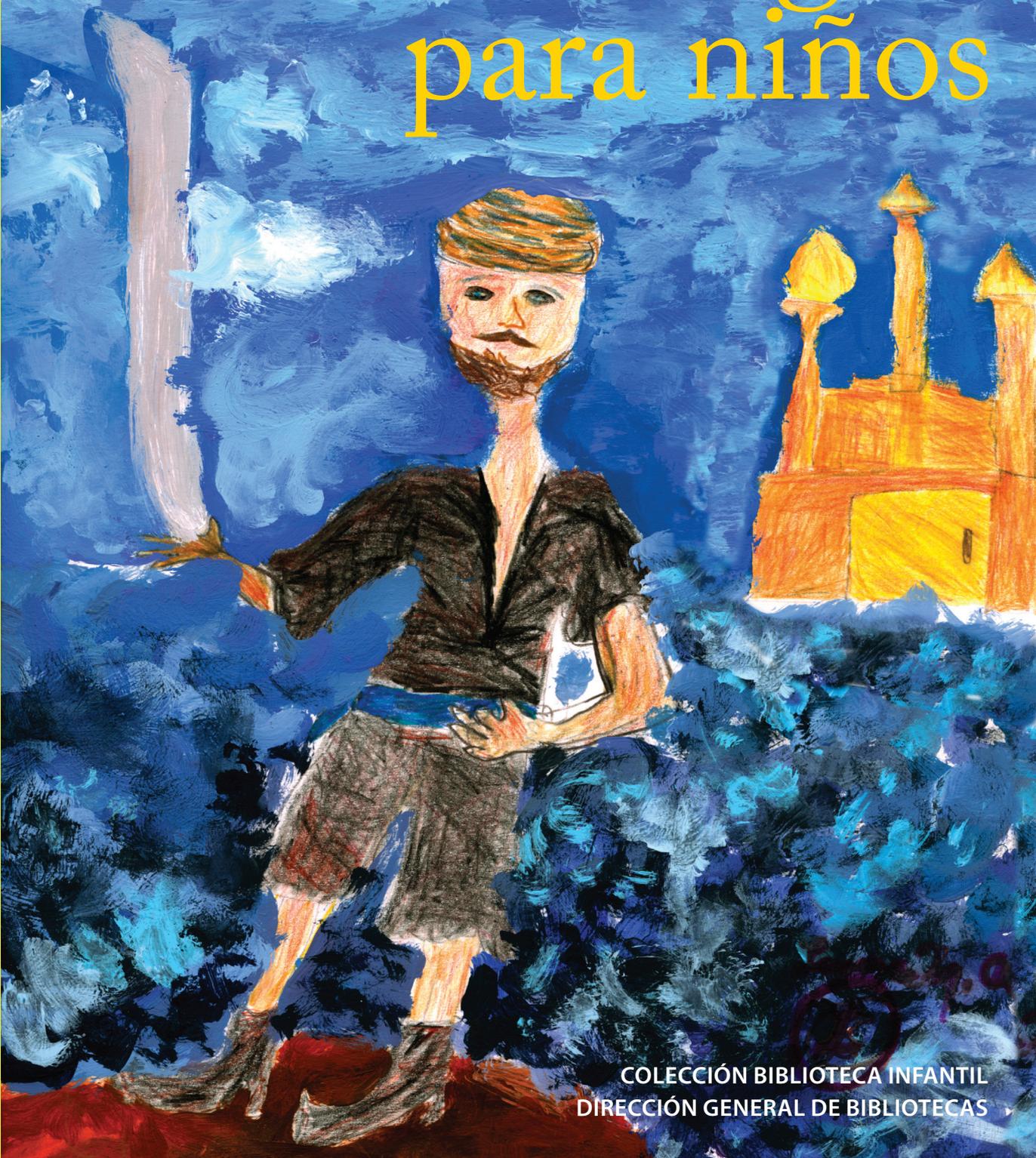


Viaje increíble por el Océano Pacífico:

# Emilio Salgari para niños

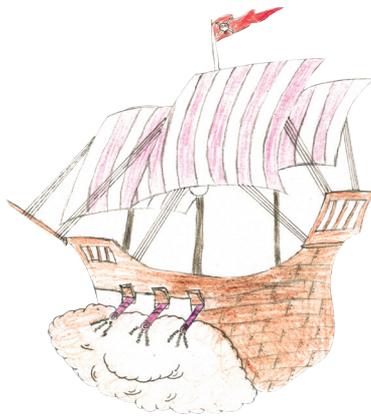


COLECCIÓN BIBLIOTECA INFANTIL  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Viaje increíble por el Océano Pacífico:  
**Emilio Salgari para niños**



COLECCIÓN BIBLIOTECA INFANTIL  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Viaje increíble por el Océano Pacífico:

# Emilio Salgari para niños



Edición conmemorativa por el centenario  
luctuoso de Emilio Salgari





*Viaje increíble por el Océano Pacífico:*  
*Emilio Salgari para niños*  
Primera edición, 2011

D.R. ©2011  
Consejo Nacional para la Cultura y las Artes  
Dirección General de Bibliotecas  
Tolsá núm. 6, Centro, C.P. 06040, México, D.F.

Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Puebla  
3 Oriente núm. 209, Centro, C.P. 72000, Puebla, Pue.

ISBN: 978-607-455-937-8

Impreso y hecho en México

Los textos incluidos en este libro proceden de  
*Un drama en el Océano Pacífico*, de Emilio Salgari, México,  
Editorial Pirámide, tomo I, 1946, 185 páginas.

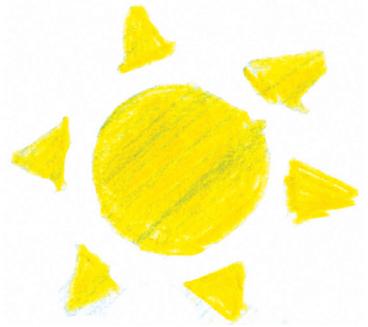
# Índice

- Presentación **9**
- El rescate **15**
- El naufrago **27**
- La isla de Santa Cruz **41**
- La frescura de Bill **43**
- Los antropófagos del Océano Pacífico **55**
- Encallados en los arrecifes de Figii-Levú **59**
- El archipiélago de Figii **69**
- El extraño funeral de un rey **71**
- Los compañeros de Bill **81**
- El asalto de los antropófagos **85**
- El domador de tigres **93**
- La gran marea **99**
- Semblanza de Emilio Salgari **109**
- Identificación de imágenes **110**





# Presentación



Autor de numerosas novelas de aventuras, el italiano Emilio Salgari ha sido uno de los escritores más leídos de todos los tiempos, cuyas historias han gozado de gran aceptación y sus personajes se convirtieron en todo un hito que traspasó las fronteras italianas en el ocaso del siglo XIX y los albores del XX.

Reconocido como uno de los principales renovadores de la literatura para jóvenes de su país, su obra ha sido una importante referencia en el ámbito de la literatura universal, especialmente en los géneros de la novela de acción y policiaca, y motivo para la realización de una gran cantidad de películas.

A propósito de la conmemoración del centenario luctuoso del autor de *El corsario negro*, *Sandokán* y *El capitán Tormenta*, entre otros libros memorables, la Dirección General de Bibliotecas del Conaculta en colaboración con el Gobierno del Estado de Puebla, por medio de su Consejo Estatal para la Cultura y las Artes, dedicó en esta ocasión a Emilio Salgari el concurso de dibujo infantil que año con año organiza para recordar y celebrar la obra literaria de los más destacados escritores tanto nacionales como extranjeros.

En este concurso, para el cual se realizaron en las bibliotecas públicas de la Red Nacional talleres de lectura basados en la narrativa de Salgari, los niños plasmaron a través de la creación plástica su sentir con respecto a la obra leída, compartiendo con el autor una gran imaginación y creatividad, además de las páginas de este



libro, en el que los dibujos de los pequeños acompañan los textos del escritor homenajeado.

Así, *Viaje increíble por el Océano Pacífico: Emilio Salgari para niños*, perteneciente a la Colección Biblioteca Infantil, incluye poco más de un centenar de dibujos de 107 niños de 5 a 12 años de edad, residentes en los estados de Aguascalientes, Baja California, Campeche, Chihuahua, Colima, Durango, Estado de México, Guanajuato, Guerrero, Hidalgo, Nayarit, Nuevo León, Oaxaca, Puebla, Quintana Roo, San Luis Potosí, Sinaloa, Sonora, Tabasco, Tlaxcala y Veracruz, así como el Distrito Federal, que fueron seleccionados entre los 769 dibujos recibidos de 22 entidades del país.

A través de este volumen la Dirección General de Bibliotecas del Conaculta y el Gobierno del Estado de Puebla reconocen el valor de poner al alcance de las nuevas generaciones obras de gran calidad que enriquezcan su experiencia lectora y los invite a descubrir y disfrutar nuevos mundos, como el que Emilio Salgari nos entrega en estas páginas.



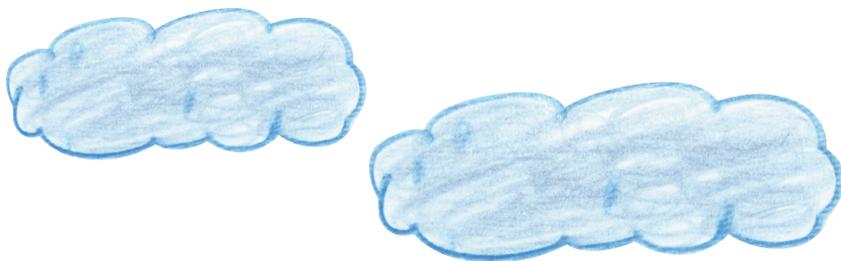








## El rescate



- ¡Socorro!
- ¡Mil bombas! ¿Quién ha caído al agua?
- Nadie, señor Collin —respondió una voz desde la cofa del palo de mesana.
- ¿Estoy yo sordo, acaso?
- Habrá sido el timón, que tiene las cadenas enmohecidas.
- No es posible, gaviero.
- Entonces habrán sido los tigres, que rugen de un modo capaz de asustar a cualquiera.
- No, te repito que era una voz humana.
- Pues yo no veo nada, señor Collin.
- De eso estoy seguro. Sería preciso tener ojos de gato para distinguir en esta oscuridad.
- Al través del ensordecedor ruido de la tempestad y de los mugidos de las olas, que el viento elevaba a gran altura, se oyó nuevamente un grito que no parecía proceder ni de las fieras de que había hablado el gaviero, ni de los hierros del timón. El segundo Collin, que estaba agarrado a la barra del timón, teniendo los ojos fijos en la brújula, se volvió por segunda vez, diciendo:
- Alguien ha caído al mar. ¿No has oído un grito, Jack?
- No —contestó el gaviero.
- ¡Pues esta vez no me he engañado!
- Si se hubiera caído algún hombre de la *Nueva Georgia*, los que están de cuarto se hubieran dado cuenta en seguida de la desgracia.
- ¿Entonces?...



—¿Habrá algún pez de nueva especie por estas aguas?

—No conozco ningún pez del Océano Pacífico que pueda lanzar un grito semejante.

—¿Será un náufrago?

—¿Un náufrago aquí, a doscientas leguas de Nueva Zelanda? ¿Has visto tú por aquí algún buque antes de que se pusiera el Sol?

—Ninguno, señor —respondió el gaviero.

—¡Socorro!

—¡Por mil diablos! —exclamó el segundo mordiéndose los largos y rojizos bigotes que adornaban su rostro, bronceado por los vientos del mar y los calores ecuatoriales—. Un hombre sigue a nuestro buque.

—Sí, es verdad, señor Collin. Yo también he oído el grito.

—¡Asthor!

Un viejo marinero, con larga barba gris y formas toscas y fuertes que demostraban una robustez excepcional, atravesó balanceándose el puente de la nave y se acercó al segundo.

—Aquí estoy, señor —dijo el lobo de mar.

—¿Dónde está el capitán?

—A proa, mi segundo.

—¿Has oído un grito?

—Sí, y venía del mar.

—Ten la barra, piloto.

El señor Collin dejó el timón, y agarrándose el cordaje y a cuantos objetos había sobre cubierta, para no ser arrastrado por los violentos golpes de mar, que de vez en cuando cubrían la cubierta

con fuertes mugidos, se dirigió a proa. Un hombre de alta estatura, largas y fornidas espaldas y miembros musculosos daba órdenes con voz llena y acostumbrada al mando a un grupo de marineros que intentaban desplegar una vela del palo trinquete, que el fuerte viento abatía sin cesar.

—Capitán —dijo.

—¿Qué deseáis, Collin? —respondió el gigante volviéndose.

—Tenemos un náufrago en estas aguas. He oído dos veces pedir socorro.

—¿Cuándo?

—Hace poco.

—¡Un náufrago aquí! ¡No hay que perder tiempo! Virar de bordo. Mi hija no me perdonaría el no salvar a un desgraciado.

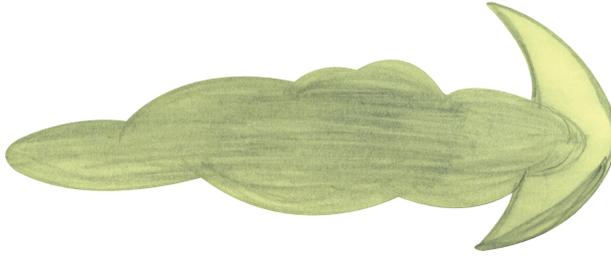
—¡Es que el tiempo es horrible, señor!

—¡No importa! ¡Hay que intentar todo por salvarle! ¡Haced virar de bordo!

Collin llamó con el pito a los marineros dispersos por el puente y les dio órdenes para la maniobra, mientras el piloto Asthor, que seguía en la barra del timón, hacía un poderoso esfuerzo para que la nave virase.

El momento no era el más a propósito para realizar dicha maniobra, y mucho menos para intentar un salvamiento.





El océano, desmintiendo, como ocurre muchas veces, el nombre de Pacífico dado por Magallanes, que lo atravesó la primera vez, estaba en plena revuelta. Montañas de agua coronadas de espuma, y negras como si hubieran sido de alquitrán, alzábanse con inaudita rabia en todas direcciones, ora formando abismos que parecían no tener fin, ora levantándose hasta el cielo con tremendos mugidos.

Un viento impetuoso empujaba las oscuras nubes que ennegrecían el firmamento y que huían en fantástica carrera por aquel cielo sombrío, hacían oscilar la brújula en todas direcciones y silbaban en roncós tonos por la arboladura de la nave, produciendo, además, desgarrones en las velas y rompiendo cuerdas y palos.

La *Nueva Georgia*, no obstante aquel doble asalto del aire y el agua, ésta en montañas que se precipitaban por sus bordes y el viento produciéndole violentas oscilaciones, realizó la arriesgada maniobra que había mandado el capitán. Vuelta hacia el viento, se lanzó por el camino que acababa de recorrer, dando valientemente frente a los enfurecidos elementos.

El capitán y el segundo, colocados a proa junto al bauprés, escrutaban atentamente el mar buscando al naufrago, que por dos veces había pedido socorro. Los marineros, por su parte, preparaban los cinturones salvavidas y las cuerdas de auxilio y disponían la ballenera para arrojarla al mar, si era preciso.

—¿Ve usted algo, señor Collin? —preguntó el capitán después de algunos minutos.



—Nada, capitán, y eso que ya estamos en el sitio de donde salía la voz del náufrago.

—¿Se habrá ahogado?

Iba el segundo a significar su opinión, cuando un joven marino, de aire picaresco e inteligente, dijo volviéndose al capitán:

—Miss Ana está sobre el puente.

—¡Mi hija aquí! —exclamó el capitán vivamente—. ¿Dónde?

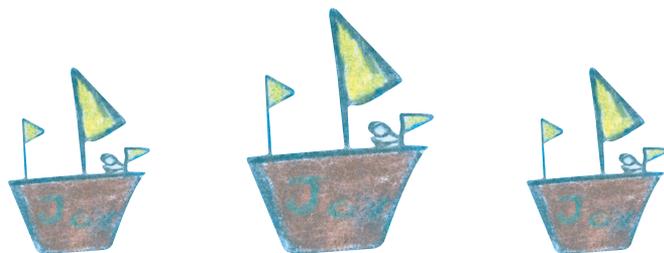
—Aquí estoy, padre mío —respondió una voz armoniosa y tranquila.

Una joven adelantaba hacia proa, agarrándose a las amuras y a las cuerdas para no ser arrastrada por las enormes masas de agua que con mil mugidos inundaban la tolda. Podría tener dieciséis o diecisiete años; era una graciosa muchacha, alta, esbelta, con abundante cabellera de un rubio dorado, ojos azules, grandes, profundos, tez blanca rosada no curtida aún por las brisas marinas y los rayos del sol ecuatorial.

En sus ojos, en la expresión de su rostro, en sus labios finos y bermejos, se adivinaba que aquella joven, no obstante su aparente delicadeza y debilidad, era de una tenacidad y una audacia que están muy lejos de poseer las jóvenes de su edad, y sobre todo las europeas.

Aunque la tempestad era violentísima y el buque, de sólida construcción y perfectamente tripulado, corría un serio peligro,





aquella criatura no parecía espantada ni mucho menos, sino que sonreía tranquilamente, como si se encontrase a sus anchas entre los elementos desencadenados.

—¿Tú aquí, Ana? —repitió el capitán, aterrado.

—Sí, padre mío —respondió acercándose la valerosa joven.

—¿Pero no piensas que una ola puede envolverte y arrojarte al mar?

—La hija de un capitán de buque no debe ser menos que su padre. Además, ¿crees que puedo estar tranquila ahí abajo, cerca de esas feroces fieras que aúllan horrorosamente? ¡Ah, padre mío! ¡Hay que confesar que llevamos un cargo demasiado peligroso!

—Las jaulas son sólidas y el cuadro de popa no tiene comunicación con la estiba.

—Lo sé. ¡Pero qué rugidos lanzan esos animales!... Pero ¡calle! ¡*La Nueva Georgia* ha variado de ruta!... ¡Y están preparando un bote!... ¿Qué quiere decir esto, papá?

—No te inquietes Ana —respondió el capitán—. Hemos virado de bordo para buscar un naufrago.

—¿Ha caído al mar alguno de tus marineros?

—No, a Dios gracias. Se trata de un desconocido que hace pocos minutos pedía socorro.

—¿Dónde?

—Todavía no lo sabemos.

—¿No lo habéis visto?

—No, pero el segundo y el piloto lo han oído gritar.

—¡Pobre hombre! ¡Es preciso salvarle a toda costa!

—Eso estamos intentando.

En aquel instante, en medio de las olas que chocaban unas con otras, produciendo un ruido ensordecedor, se oyó una voz gritar repetidamente:

—¡*Help!* ¡*Help!* (¡Socorro! ¡Socorro!)

—¡El náufrago! —exclamó el señor Collin precipitándose hacia la amura de babor.

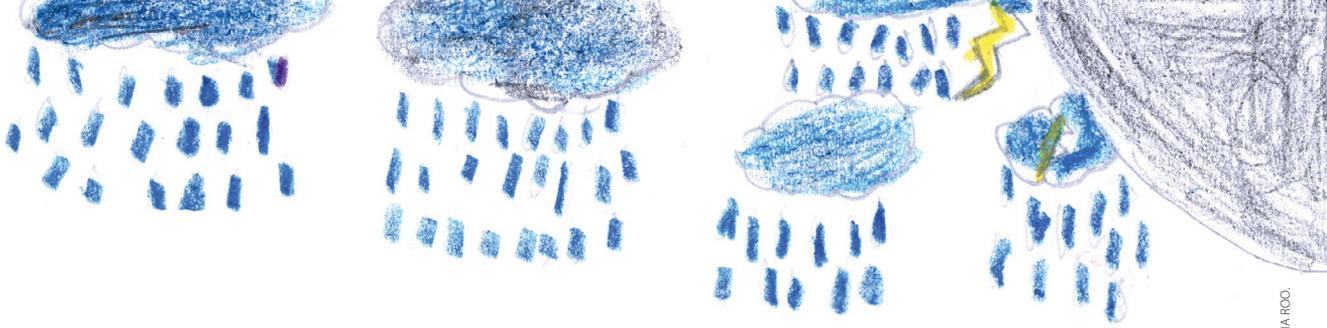
—¡Atención, timonel! —gritó el Capitán. ¡Vira en redondo!

—El buque viró, poniéndose a través del viento y sin alejarse mucho de aquel punto. El capitán, el segundo, miss Ana y los marineros, inclinados sobre la borda y sujetos a las cuerdas, miraban ansiosas frente al mar, al que apenas se distinguía, tan espesas eran las sombras.

—¡Valor! —gritó el capitán con el portavoz. —¡Vamos en vuestro auxilio!

—¡Socorro!... ¡Me ahogo! —repitió la misma voz de antes, que parecía salir debajo de las olas.





—¡Lo tenemos a sotavento! —dijo el segundo a bordo.

—¡Sí, sí! —confirmó el viejo piloto.

—¡Malditas tinieblas! —exclamó el capitán—. No se ve nada a tres metros de distancia.

—Esperemos un relámpago —dijo miss Ana.

—Y entre tanto hagamos alguna señal —añadió el segundo—. ¡Eh, Harry, trae una mecha!

Un marinero partió como una flecha a través de las cuerdas, cadenas y demás objetos que embarazaban la cubierta, descendió al cuadro de popa y volvió en seguida trayendo una mecha que encendió al punto. Brilló una luz humeante, oscilando a causa de las ráfagas de aire que hacía saltar de ella multitud de chispas con reflejos de un azul brillante. Casi al mismo tiempo, y como si el cielo hubiera tenido envidia de aquella luz, un relámpago lo hendió de Poniente Levante, iluminando como un pleno día el revuelto océano.

Ante los ojos de la tripulación se ofreció un terrible espectáculo, que seguramente no esperaba.

A media *gomena*<sup>1</sup> de la nave una pequeña balsa, casi destrozada, con un palo roto en el que aún se veía un trozo de vela, luchaba desesperadamente con las olas, que le invadían por todas partes. Dos hombres uno blanco y otro negro, hallábanse cerca del palo

<sup>1</sup> Medida marina, equivalente a 50 metros.

estrechamente abrazados y como si lucharan ferozmente. En sus manos se veían brillar objetos que levantaban y bajaban con rapidez y que parecían cuchillos o puñales.

—¡Gran Dios! —exclamó miss Ana retrocediendo vivamente.

—¡Mil millones de rayos! —exclamó el capitán—. ¿Qué es lo que está pasando en aquella balsa?

Un grito agudo, estridente, como lanzado por un hombre a quien acaban de asesinar, se alzó de las aguas seguido de otro grito que parecía de triunfo.

—¡Allí se acaba de cometer un asesinato! —exclamó Ana poniéndose pálida—. ¡Dos hombres se están matando mientras la muerte les amenaza!... ¡Padre mío huyamos de aquí!

—No, es preciso salvarlos.

—Pero uno de ellos estará muerto a estas horas.

—Salvaremos al vivo.

—¡Un asesino!

—¿Quién puede afirmar que sea un asesino? Tal vez se haya defendido del otro. Por ahora, al menos, no podemos saber ciertamente lo ocurrido.

En aquel instante se oyó a babor un chapoteo violento, y casi al pie de la nave una voz que gritaba:

—¡Salvadme!... ¡Ah, los de la nave!...

—¡Soltad cabos! —ordenó el capitán.

Siete u ocho cuerdas fueron arrojadas al punto y atadas a ellas algunos cinturones salvavidas. A pesar de la profunda obscuridad, cerca de babor se veía la balsa que acababa de saltar en pedazos y entre éstos un hombre que luchaba con desesperación para no hundirse.

—¡Izad! —gritó el náufrago.

—¿Estás bien sujeto? —preguntó el capitán.

—Sí

—¡Izad!

Los marineros retiraron el cabo, a cuyo extremo se había agarrado el náufrago. Una cabeza que desapareció bajo las aguas salió a flote después de algunos instantes. El capitán cogió al desgraciado por los hombros y levantándole, como si hubiera sido un niño, lo depositó en el puente.

El desconocido permaneció algunos momentos de pie, mirando con ojos de espanto a todo lo que le rodeaba; en seguida articuló con voz apenas inteligible la palabra *gracias*, y cayó entre los brazos del segundo, que estaba a su lado.

—¡Muerto! —exclamó miss Ana.

—No, su corazón late —respondió Collin.

—Llémoslo a popa.

—Sí, miss.

—¿Y el otro? —preguntó un marinero—. En la balsa había dos hombres.

—Busquémosle —dijo el capitán.

Los marineros se lanzaron a las bordas; era demasiado tarde. La balsa, destrozada contra los flancos del buque, había desaparecido con el segundo náufrago.





Donde  
Estoy

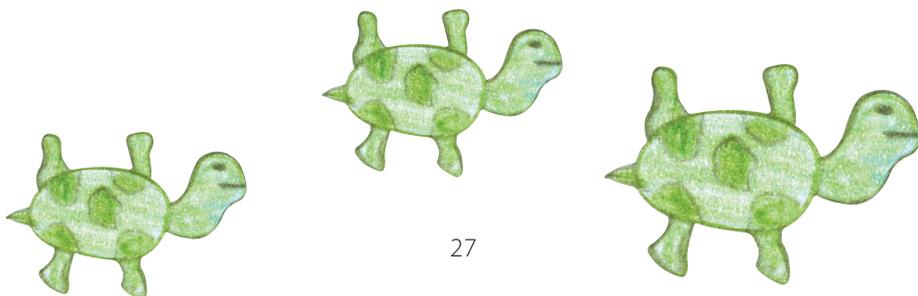
## El náufrago

La *Nueva Georgia* había dejado el puerto japonés de Yokohama el 24 de agosto de 1836, con dirección a Australia, donde contaba tomar un cargamento de *trepang*, especie de moluscos cilíndricos, bastante coriáceos pero que son muy estimados por los glotones del Celeste Imperio. Llevaba además en sus bodegas una partida de sedas y porcelanas japonesas, y diez grandes jaulas de hierro, conteniendo doce soberbios tigres de la India, pertenecientes al propietario de un circo de Yeddo, el cual, después de haber ganado una fuerte suma, había resuelto desembarazarse de sus peligrosos huéspedes cediéndolos a un negociante de fieras domiciliado en Melbourne.

Aunque ya contaba quince años, la *Nueva Georgia* era todavía una hermosa nave, que pasaba por ser de las mejores de la marina mercante americana.

Podía decirse que era el más grande velero que en aquel tiempo cruzaba las aguas del Océano Pacífico, puesto que desplazaba dos mil toneladas y llevaba la arboladura completa de una verdadera nave, con velas en trinquete, en el palo mayor y en el de mesana.

Destinada en un principio a servir de crucero a la marina republicana, fue luego vendida al capitán James Hill, de Boston, que buscaba a la sazón un sólido buque para ejercer el tráfico en el Océano Pacífico, tráfico bastante peligroso y difícil, aunque muy ventajoso, especialmente en aquella época.



El capitán Hill, un verdadero marino en el más alto sentido de la palabra, y que había dado catorce veces la vuelta al mundo, era todo lo audaz que puede imaginarse, fuerte como un toro y resuelto ante todos los peligros. Llevaba consigo a su propia hija, miss Ana, huérfana de madre. El segundo, antiguo compañero suyo, y veinte marineros muy bien escogidos, formaban la tripulación y con ella se había aventurado entre las islas de la Polinesia y de la Melanesia, sin sentirse inquieto ante la triste fama que tienen los isleños de ser grandes aficionados a la carne humana en todas las salsas.

Había hecho ya siete viajes afortunados, y a la sazón comentaba el octavo, con aquel peligroso cargamento, que estaba seguro de conducir hasta Melbourne, así como las sederías destinadas a vestir a las bellezas australianas.

El destino, como veremos muy pronto, había resuelto otra cosa...

Llevado el naufrago de la balsa al cuarto de popa, el capitán bajó con su hija, en tanto que el segundo subía otra vez al puente para seguir luchando con la tempestad que desde hacía dos días descargaba furiosa contra el gran velero.

El viejo Asthor frotaba vigorosamente los miembros del desconocido con un trozo de lana empapado en aguardiente, y procuraba introducir en la boca de aquél, fuertemente cerrada, algunas gotas de vino de España. Obstinábase el naufrago en no dar señales de vida, aunque su corazón seguía latiendo débilmente, lo que hacía esperar una pronta vuelta de su conocimiento.

—El pobre hombre ha estado en un gran peligro —dijo el capitán—. Déjame paso, Asthor, que quiero reconocerle.

El náufrago podría tener de cuarenta a cuarenta y cinco años. Era de mediana estatura, aunque fuerte y musculoso, y demostraba poseer una fuerza poco común.

Su piel, blanca en algunos puntos y bronceada en otros, ostentaba algunas manchas rojizas, algo así como un extraño tatuaje, no muy diferente al que se suelen aplicar algunos marineros.

Su rostro era poco simpático. Tenía las facciones duras, la nariz gruesa y colorada como la de un gran bebedor, la frente deprimida como la de un delincuente por naturaleza, la barba larga, inculta y de color rubio cobrizo.

En el cuello, hacia el lado derecho, se le veía una herida recientemente cicatrizada, y más abajo otra señal que parecía haber sido hecha por un cuchillo. En la cara tenía otra herida de la que salían aún algunas gotas de sangre.



—¿Son heridas graves? —preguntó miss Ana.  
—No, hija mía —respondió el capitán—, porque el hierro que las ha producido no debía ser muy cortante.  
—¿Quién podrá ser? ¿Un marinero?  
—No te lo sé decir; pero... ¡calla! ¿Qué significan estas señales que tiene en las muñecas?  
—¿Señales?  
—Sí, y muy marcadas.  
—¿Producidas por qué cosa?  
El capitán no respondió; pero arrugó la frente y movió varias veces la cabeza.  
—¿Por las ligaduras tal vez? —volvió a preguntar miss Ana.  
—¡Quién sabe si por esposas! —respondió el capitán con voz grave.  
—¿Será un forzado evadido de alguna penitenciaría?  
—Quizá.  
—¿De la isla de Norfolk?  
—No podré decírtelo; pero pronto este hombre recobrará los sentidos y algo habrá de decir.





—Parece que vuelve en sí.

—Sí, hija mía.

El capitán no se engañaba.

El náufrago abrió la boca como para respirar más libremente y sus párpados se levantaron. Sus ojos grisáceos y de falso morar se fijaron bien pronto en el capitán y en la joven expresando estupor.

—¿Cómo os sentís? —le preguntó el capitán.

El desconocido, sin responder al pronto, se sentó lentamente, y luego dijo con voz opaca:

—¿Dónde estoy?

—En un camarote de la *Nueva Georgia* —respondió el capitán.

—¿Una nave... inglesa?

—No, americana.

El náufrago lanzó un suspiro que parecía de satisfacción.

El capitán Hill notó, y después de hacer señas a su hija de que se retirara, preguntó al desconocido:

—¿Quién sois?

—Bill Habbart... un pobre náufrago; pero ¿y Sangor?

—¿Sangor? ¿Quién es?

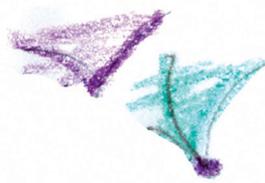
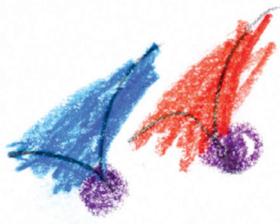
Hizo el interpelado un gesto de admiración y después se mordió los labios, como arrepentido de haber dejado escapar aquel nombre.

—¿Quién es ese Sangor? —volvió a preguntar el capitán.

—Un compañero de desgracia.

—Al que habéis asesinado.

—¿Yo? —exclamó el náufrago poniéndose pálido y apretando los



puños.

—Os he visto hace poco, cuchillo en mano, luchando como dos tigres sobre la balsa.

—Es verdad; pero fue el indio el primero en acometerme.

—¿Por qué?

La balsa iba a zozobrar bajo nuestro peso, pues las olas se habían llevado ya muchas tablas. Sangor, entonces, ciego de miedo, trató de deshacerse de mí con la esperanza de salvarse él; pero en la lucha llevó la peor parte y cayó al mar.

—¿Es cierto todo lo que me decís?

—Lo juro —dijo el náufrago.

—¿Y cómo os encontrabais en pleno Océano sobre aquella balsa?

—Perteneíamos a la tripulación de un buque naufragado dos meses ha cerca de la isla Figii.

—¿Cómo se llama ese buque?

—El *Támesis*.

—¿Una nave inglesa, entonces?

—Sí, señor.

—¿Y os salvasteis los dos solos?

—No —respondió el náufrago, en cuya mirada brilló un extraño relámpago—. En la isla Figii hay otros siete compañeros que esperan vayan a salvarlos.

—¿Os mandaron a vosotros en busca de auxilio? —preguntó el capitán.

—Sí, señor.

—¿En qué condiciones se encuentran?

—En situación desesperada, porque los dejé medio muertos de hambre y con la proximidad de los antropófagos.

—¿Creéis que estén todavía vivos?

—Lo espero, porque todos van armados y son hombres resueltos.

—¿Cuántos días hace que dejasteis la isla?

—Trece. Decidme, capitán, ¿trataréis de salvar a esos desgraciados?

—Todo depende de una contestación vuestra —respondió el capitán mirándolo fijamente, como si quisiera leer en el fondo de su corazón.

—Hablad, interrogadme, señor.

—Decidme, ¿por qué tenéis en las muñecas esas profundas señales?

El náufrago, ante esta pregunta, que de seguro no esperaba, se estremeció; pero reponiéndose en seguida, respondió con gran calma.

—Me las han producido las cuerdas, pues me hice atar a la barra del timón durante la tempestad que ocasionó nuestro naufragio. El mar saltaba a bordo con tanta furia que sin aquella precaución me hubiera arrastrado.

—Estoy satisfecho de vos —dijo el capitán al náufrago tendiéndole la mano, que éste estrechó vigorosamente—. Ahora no penséis más que en dormir y en reponeros de vuestra peligrosa aventura.

—Pero mis compañeros de desdichas, ¿no los salvaréis? —insistió el náufrago.

—Apenas cese la tempestad pondré la proa hacia la isla Figii.

—¡Gracias, gracias, señor!

—Ni una palabra más. Ahora descansad.

El náufrago se recostó en la litera; pero apenas se vio solo se alzó con un movimiento de tigre receloso y en sus labios delgados apareció una extraña sonrisa, una especie de mueca que habría dado qué pensar a quien hubiera podido verlo.

Miss Ana esperaba a su padre en el camarote próximo, impaciente por interrogarle acerca de su conversación con el desconocido. Apenas supo lo que éste había dicho el alma generosa de la joven sólo tuvo un pensamiento: salvar a los infelices que corrían el peligro de ser devorados por los antropófagos.

—¿Lo harás, papá? —preguntó la generosa muchacha.

—Sí, hija —respondió el capitán—. Iremos a salvar a esos pobres marineros.

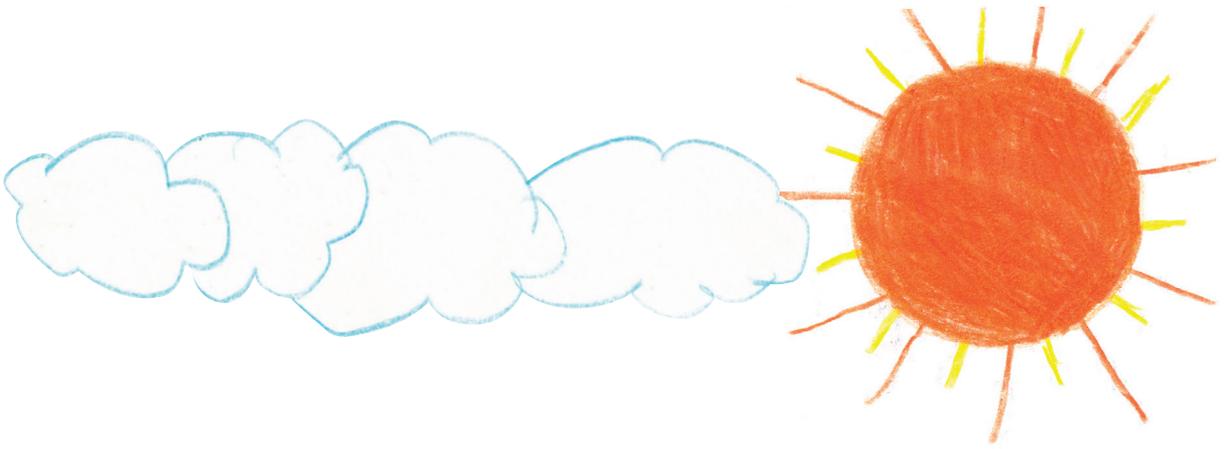
—¿Conoces tú esas islas?

—Las he visto una sola vez y me ha bastado para juzgarlas.

—¿Están, pues, habitadas por salvajes feroces?

—Antropófagos de los más terribles, hija mía, pues se vuelven





locos por la carne humana, que dicen tiene un sabor semejante a la de la mejor ternera.

—¿Has perdido tú allí algunos marineros?

—He visto a tres caer en las manos de aquellos feroces caníbales, mientras preparaban el *trepang*, a pocos centenares de metros de mi buque.

—¿Y se los comieron?

—Al día siguiente, al entrar en un pueblo abandonado, vimos los esqueletos de aquellos infelices.

—¿Resistirán entonces los desgraciados compañeros del naufrago?

—Lo creo, Ana, porque Bill Hobbart me ha dicho que están armados, y los salvajes temen mucho a las armas de fuego.

—¿Están muy lejos esas islas?

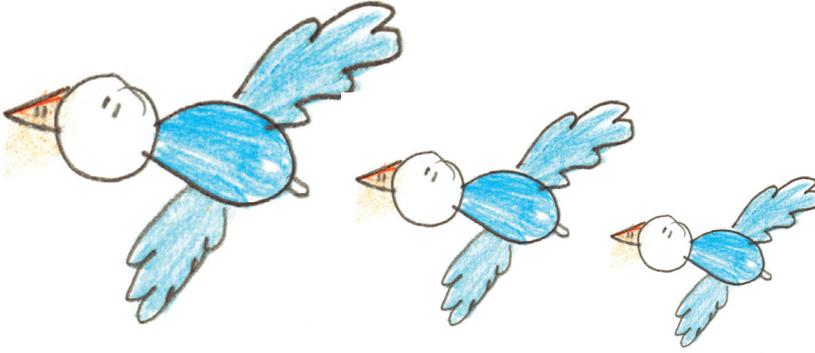
—En seis o siete días podremos llegar a ellas, si la tempestad no nos lanza mucho hacia el Oeste.

—¡Quiera el Cielo encontremos vivos a esos infelices!

—Esperamos que así suceda, hija mía. Ahora vuelve a tu camarote, que sobre cubierta no se puede estar sin peligro.

—¿Me dejas?

—La tempestad no parece calmarse y mi presencia es necesaria en el puente. Tú sabes que navegamos por un océano sembrado de



islas, islotes y bancos coralíferos, y que de un momento a otro podríamos encallar. Ve Ana, y no temas nada, que yo velo atentamente y nuestro buque es sólido.

El capitán besó en la frente a la joven y subió rápidamente a cubierta, a pesar de que el huracán violentísimo hacía balancear terriblemente a la nave.

El océano estaba aún en plena tempestad y el viento no tenía trazas de calmarse tan pronto, las nubes sin embargo, comenzaban a ser menos densas, y a través de sus desgarrones aparecían ya algunas estrellas. Por más que el peligro no había cesado aún, era fácil comprender que el huracán acabaría pronto.

Ya era tiempo, porque la tripulación, cansada de una lucha que duraba tres días, sin haber podido dormir, ni mucho menos, encender fuego, no podía resistir más. La misma *Nueva Georgia*, aunque construida sólidamente y acostumbrada a luchar con el Océano, se hallaba en un estado deplorable.

Sus flancos resistían siempre a los furiosos asaltos de las olas, sin haber sufrido avería alguna; pero la arboladura estaba en completo desorden. Las velas, rasgadas en muchos sitios, no ofrecían la debida resistencia al viento; el cordaje estaba roto; las maniobras habían resultado ineficaces, pues el temporal destrozaba el trabajo de la marinería y, además, un trozo de la amura de babor había cedido,

dejando franco el paso a las montañas de agua.

Apenas estuvo en el puente el capitán Hill, se acercó al segundo, que se mantenía siempre cerca del timonel, a fin de que el velero no se apartase del buen camino, y le dijo:

—¿Tenemos alguna tierra a la vista?

—No, capitán —respondió el oficial.

—Sin embargo, si mis cálculos son exactos, debemos hallarnos cerca del archipiélago de Santa Cruz.

—¿Creéis que la deriva nos haya llevado tan al Oeste?

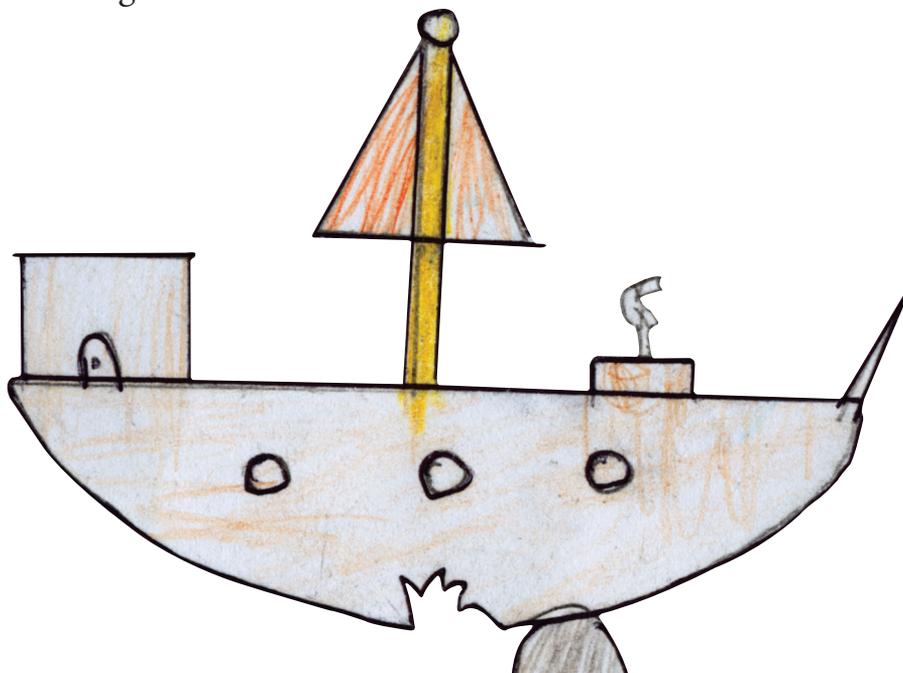
—Hace tres días que el viento nos lleva al grupo de las islas de Salomón, y a esta hora debemos navegar a lo largo del 182° paralelo.

—Pues, entonces estamos ante un nuevo peligro. Las islas Salomón no gozan muy buena fama, capitán.

—Ni mejor ni peor que todas las otras islas que surgen en este lado del Océano Pacífico; pero pasaremos sin caer en el peligro de los escollos.

—La obscuridad es tan profunda, que no se podría ver una tierra situada a dos gomenas de distancia.

—Ya nos la mostrarán las olas y los relámpagos. Pero ¡calle! ¡No me había engañado!





—¡Tierra a sotavento! —gritó en aquel instante un marinero que estaba a proa.

—¡En guardia, Asthor! —dijo el segundo volviéndose al viejo marino, que sostenía la barra del timón.

—No temais, señor —respondió el lobo de mar orzando la barra—. Los salvajes al menos por esta vez, no tendrán el gusto de devorar con sus dientes mi carne coriácea.

El capitán Hill, que no sabía exactamente dónde se encontraba a causa del mucho tiempo que llevaban luchando con el temporal, por lo que no había podido en tres días hacer una sola observación que le diera la longitud y latitud, fue a proa para ver con sus propios ojos la tierra anunciada.

Al fulgor de un relámpago pudo descubrir a menos de dos millas de la proa una isla que emergía de las espumosas ondas.

Fijando bien la atención, le pareció ver que en la playa brillaban algunos puntos luminosos.

—Esa canalla de salvajes nos ha visto, y tratan de atraernos a tierra —murmuró—.

Pero, mis queridos tragones, el capitán Hill os conoce muy bien para no dejarse engañar.

En seguida volviéndose al viejo Asthor, gritó con voz tonante:

—¡Eh, viejo lobo, orza la barra y viremos a lo largo!... ¡La astucia de los antropófagos no nos engaña a nosotros!

Ante aquella orden, los marineros ejecutaron la maniobra y la *Nueva Georgia* giró a lo largo con una magnífica bordada dejando a la izquierda aquella primera isla que indicaba la proximidad del archipiélago de Santa Cruz.







## La isla de Santa Cruz

El huracán que no cesaba de soplar, aunque tendiendo poco a poco a calmarse, podía arrojarlo sobre aquella inhospitalaria costa, y esto hubiera significado una muerte segura para todos, pues la experiencia enseñaba a Hill que cuantos han naufragado en tales islas fueron devorados por los habitantes.

La *Nueva Georgia* seguía luchando con los desencadenados elementos, subiendo y bajando con vertiginosa rapidez por las montañas de agua que la rodeaban por todas partes ora anegándola por babor, ora por estribor, no obstante la habilidad del viejo Asthor, que se mantenía siempre aferrado a la barra.

A las siete de la mañana el sol pudo romper una masa de nubes y al través de los desgarrones inundó de luz el Océano, y como si aquello hubiera sido una señal de paz, el viento moderó su violencia y la lluvia, que hasta entonces había caído en abundancia, cesó por completo.

El capitán Hill y el teniente Collin aprovecharon aquella tregua, que prometía duradera, y bajaron a popa para ver cómo estaba el naufrago, que hasta entonces había permanecido abandonado a sí mismo.

Los dos hombres se dirigieron a la entrada de la bodega, que había sido abierta, y miraron hacia dentro. Ante las doce jaulas, dentro de las cuales rugían furiosamente y saltaban con rabia doce soberbios tigres reales, vieron a un hombre que los miraba con profunda atención y sin demostrar el menor miedo ante aquellas demostraciones de ferocidad.

Aquel hombre era el naufrago.



## La frescura de Bill

Estaba el náufrago tan absorto en su contemplación, que no percibió la presencia del capitán y del señor Collin. Con los brazos cruzados sobre el pecho, seguía con mirada ardiente, que a veces parecía lanzar relámpagos magnéticos, las evoluciones de las fieras, que continuaban lanzando fuertes rugidos y que hacían esfuerzos por arrojarse sobre él.

Sus ojos fijábanse especialmente y con gran atención sobre una gruesa tigre, que parecía la más robusta y la más feroz, siguiéndola en todos sus movimientos con inexplicable obstinación. Se hubiera dicho que conocía a aquella fiera de la *jungle* indiana o que intentaba magnetizarla con el poder de su mirada.

Al cabo de un rato la tigre, que parecía enfurecida hasta el paroxismo, se paró, mirando a su vez al náufrago firme ante la jaula y, cosa extraña, se la vio agacharse, batiéndose los flancos con la cola y permanecer inmóvil, como si un poder oculto la hubiera sugestionado.

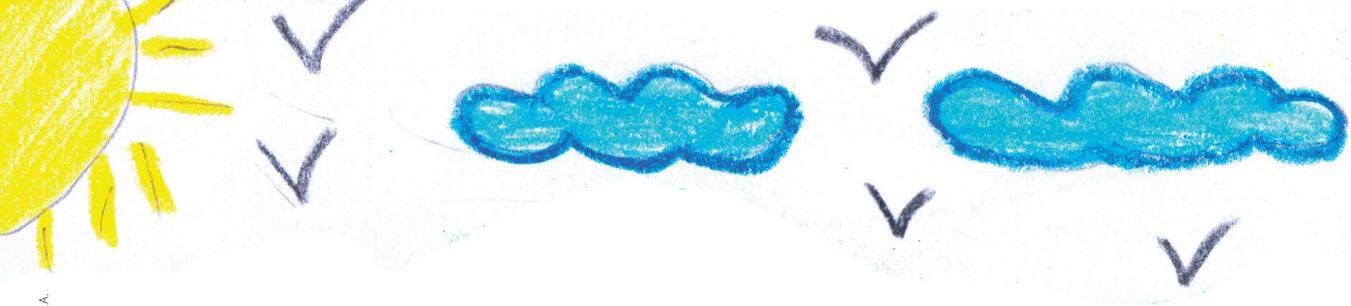
—¡Eh, amigo! —dijo el capitán, que había observado con viva curiosidad toda aquella escena—. ¿Seríais acaso un domador de fieras?

Ante aquella pregunta el náufrago se volvió, haciendo un ademán de despecho. Levantó la cabeza hacia la escotilla y saludó a los dos jefes.

—No, señor —respondió después, esforzándose por sonreír.

—¿Conocéis acaso a esa tigre?

—Tampoco, aunque he visto muchas durante mis viajes.



—Se diría que la habéis magnetizado.

—No lo creo, capitán.

—Os digo que tenéis una mirada que fascina. ¡Mirad! Las otras fieras tampoco se mueven y permanecen en el fondo de las jaulas, como si tuvieran miedo de vos.

—Bromeáis, señor —respondió el marinero con un tono brusco que revelaba su disgusto.

—Ya lo veremos. Pero, ¿por qué habéis abandonado vuestro camarote?

—Oí rugidos y vine aquí para saber de dónde procedían.

—¿Queréis subir a cubierta? Si os sentís mejor, venid a respirar el aire fresco.

—Gracias, capitán.

El naufrago que parecía completamente restablecido, subió con ligereza la escala y apareció en el puente. Al ver a miss Ana se paró sorprendido, fijando en ella una aguda mirada que despedía extraños fulgores; pero al notar que le observaban los marinos y el capitán, sacudió la cabeza como quien trata de desechar un pensamiento importuno y se quitó la gorra, inclinándose y murmurando una palabra que nadie pudo oír.

—¿Cómo os sentís? —le preguntó el capitán.

—Muy bien, señor —contestó, sin separar los ojos de la joven.

—¿Y vuestras heridas?

—Cicatrizando a ojos vistas. Pero... ¿dónde estamos, señores?

—Navegamos hacia el grupo de las Nuevas Hébridas.

—¡Ah!, ¿entonces estamos todavía lejos de la isla Figii?

—Espero que llegaremos a ella dentro de cinco o seis días y a tiempo para salvar a vuestros compañeros. Si no los encontramos, mi hija sufrirá un verdadero dolor.

—¡Ah!, ¿es vuestra hija la señorita? —exclamó el náufrago con acento particular.

—Sí, miss Ana es hija mía.

—¿Y viaja siempre con vos?

—Desde hace pocos años.

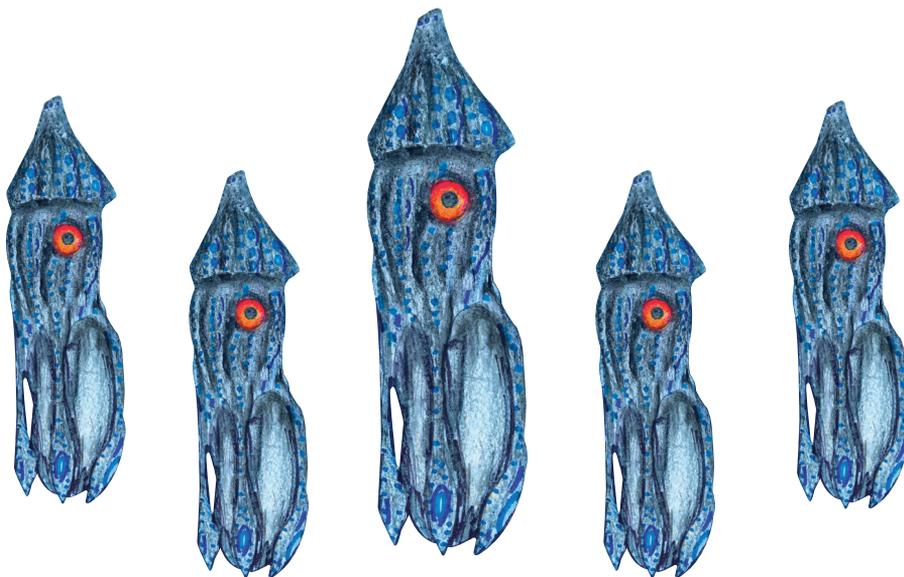
—¡Hermosa y valiente joven! —murmuró el marinero mirando otra vez a la muchacha—. Miss, os doy las gracias desde lo más profundo de mi corazón por el interés que os inspiran mis compañeros de desgracia. Os estaré reconocido por mucho tiempo.

—Es deber de toda mujer interesarse por los desgraciados —exclamó miss Ana—.

No perdonaría nunca a la tripulación que hubiera vacilado en socorrer a unos infelices amenazados por los dientes de los antropófagos.

—Gracias, miss. Sois demasiado buena.

—Decidme, Bill —dijo de pronto el segundo acercándose al náufrago—, ¿habéis oído hablar de la isla de Norfolk?



El marinero, ante aquella brusca pregunta, que estaba lejos de esperar, quedó como petrificado, y una lívida palidez, seguida de una subida de sangre, le pasó por el rostro. Volvióse hacia el teniente, que parecía no haber dado importancia a su pregunta y, lanzándole miradas que eran rayos, le dijo:

—¿Qué queréis decir?

—Nada. Os hago una sencilla pregunta.

—¡Ah! ¡Ahora comprendo! —exclamó Bill golpeándose la frente—. Me preguntáis si conozco una isla en la que se albergan los forzados ingleses. Pero, ¿a qué fin esa pregunta?

—Ya os lo he dicho, por mera curiosidad.

—Conozco esa isla de fama siniestra. Arribé a ella una vez a bordo del *Alert*, un buque americano que hacía el tráfico entre las islas del Pacífico, como el vuestro. Mala isla señores, y peores habitantes.

—Me lo imagino.

—¿Dónde estamos ahora? —preguntó el náufrago, como si quisiera cortar aquella conversación, que le disgustaba.



—Hace una hora que dejamos la isla de Vanikoro y, como os he dicho, llevamos rumbo a las Nuevas Hébridas.

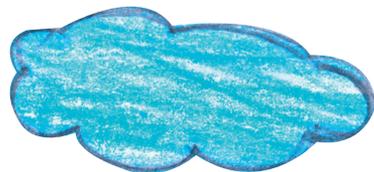
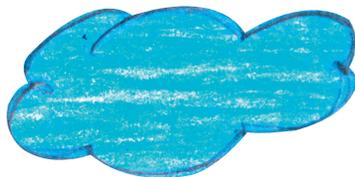
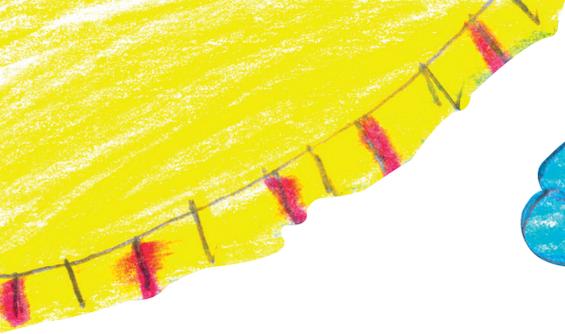
—Gracias, señor.

Se inclinó ante miss Ana, saludó al segundo y se sentó a proa sobre un lío de cuerdas, sin decir una palabra más. Aquel hombre parecía presa de una gran inquietud desde que el teniente, señor Collin, le hizo la pregunta.

Sus ojos, que tenían una luz falsa, giraban en sus órbitas, fijándose, ya en el teniente, que paseaba sobre cubierta, o ya en miss Ana, que paseaba con su padre. De vez en cuando sus puños se cerraban fuertemente, como si estrujara alguna cosa. Su rostro palidecía o se ponía color escarlata, y sus músculos experimentaban sacudimientos nerviosos. Se habría dicho que una cólera tremenda, a duras penas contenida, rugía en el corazón de aquel marinero, recogido casi moribundo sobre las olas del océano.

Por fortuna para él, la atención de los tripulantes fue atraída hacia el mar, por la aparición de un magnífico pez velero o *swordfisk*, como lo han bautizado los ingleses. Pertenece a la especie del pez espada, con el cual tiene semejanza, y se encuentra sólo en el Océano Pacífico, donde es perseguido con encarnizamiento por los isleños, que aprecian mucho su carne, que es delicadísima, especialmente cuando se trata de un pez joven. Hay que tener cuidado al pescarle, porque es de un temperamento violento.

El que navegaba al lado de la *Nueva Georgia* medía, por lo menos, diez pies de largo, y tenía una especie de cuerno largo de dos metros, redondo en su nacimiento y aplanado en el extremo como el del pez espada. Había desplegado su aleta dorsal, de la que servía como de una vela, dejándose conducir por el viento.



—¿Son peligrosos esos peces, padre mío? —preguntó Ana al capitán, que seguía con curiosidad el rumbo del pescado.

—Todos los isleños le temen, pues es tan valiente que no retrocede ante los tiburones ni las ballenas.

—Pues no es muy grande.

—Es verdad; pero su arma de defensa es fuerte y sabe servirse de ella. Es casi imposible encontrar uno que tenga el cuerno entero, y repara que ese mismo lo tiene roto. En su rabia, se le ha visto precipitarse contra los buques, que sin duda toma por ballenas, y hundir profundamente su cuerno en ellos. Nuestra *Georgia* tuvo una vez su proa atravesada por el arma de uno de esos peces.

—¿Y qué hace después de hincar el cuerno?

—Permanece sujeto a la nave hasta que muere o lo mata la tripulación.

—¿Es fácil la pesca de esos animales?

—Muy difícil, Ana. Cuando son jóvenes no cuesta mucho trabajo cogerlos con redes fuertes; pero cuando son grandes y tienen el cuerno desarrollado, rompen fácilmente las mallas, por fuertes que sean, y huyen. Queda el recurso del arpón; pero apenas notan esos peces intenciones hostiles en los barcos, dejan de acercarse.

El pez velero no sigue a los buques más que un corto trayecto, y de improviso plega su aleta natatoria y se sumerge, desapareciendo de la vista de la tripulación en el momento en que ya había hecho sobre cubierta todos los preparativos de arpones, etcétera, para darle caza, en la esperanza de aprovechar su delicada carne.

La *Nueva Georgia* seguía en tanto filando hacia el Oeste, acercándose al archipiélago de las Nuevas Hébridas, a la derecha del cual, y a una distancia de doscientas treinta o doscientos cincuenta millas, se encuentra el de Figii. El viento se mantenía favorable, pero no era todavía regular, sino que parecía tender a una nueva perturbación atmosférica empujando ante sí los negros nubarrones.

Después de la puesta del Sol, aquellos vapores que se habían visto hacia el sur invadieron con rapidez la bóveda celeste, en tal forma que los astros quedaron ocultos y el mar perdió su brillo. El viento, en vez de crecer, cesó completamente, lo que no dejaba de ser extraño, y la *Nueva Georgia* permaneció casi inmóvil y rodeada de negruras.





A poco ocurrió un fenómeno, frecuente en los climas cálidos y a virtud del cual se rompieron aquellas tinieblas. El mar, un momento antes casi negro, se iluminó extrañamente como si bajo sus ondas hubieran encendido una lámpara eléctrica de fuerza extraordinaria.

El agua parecía haberse convertido en bronce fundido, con reflejos argentados, a los que se mezclaban líneas que parecían de fuego y que cambiaban de forma a cada instante, hasta hacerse circulares, para volver otra vez a ondular caprichosamente. Las olas al romperse contra los negros flancos del buque, parecía que lanzaban millares y millares de encendidas chispas de los más fantásticos y brillantes colores.

Bandadas de peces de formas a cual más extrañas, alargados y negros, cortos, gruesos y de variados colores, corrían y jugueteaban en aquel mar de plata, sumergiéndose para subir en seguida, devorándose los unos a los otros y haciendo mil giros caprichosos y variados.

En tanto, inmóviles como sombrillas abiertas o como gigantes setas, mostrábanse los pólipos, de carnes transparentes y gelatinosas.

Millones de fosforescentes moluscos iban a la deriva, dejándose llevar por el flujo y desplegando resplandores de tonos diversos; las palagias, que andaban con majestad, semejantes a paracaídas a merced del viento; las meliteas, en cuyos brazos, extrañamente cruzados, sujetan lámparas de una luz rojiza; las acalefas microscópicas, que parecen constelaciones de diamantes de las más hermosas

aguas; las veletas, en cuyas crestas tiembla una luz de infinita dulzura, y los beroes, las medusas, los osgris, etcétera, cuyos resplandres, unidos a los que producen ciertos pequeños moluscos de forma cilíndrica y de consistencia delicadísima que se encuentran amazotados a miles de millones invaden una larga zona del mar, haciéndole maravillosamente bello.

La *Nueva Georgia*, inmóvil sobre aquellas aguas, destacaba vivamente su negro casco de aquel mar de plata fundente, y parecía no que navegaba, sino que se hallaba como suspendida en una atmósfera de encendidas fosforescencias.

Miss Ana, el capitán Hill, el teniente Collin y todos los marineros contemplaban con admiración aquel fenómeno, que es frecuente, como hemos dicho, en tales regiones, pero cuya hermosura encanta y subyuga siempre.

El náufrago, por su parte, habíase levantado lentamente y recostado sobre la borda del buque; pero en vez de una mirada de admiración, aquel extraño hombre derramó sobre el mar una ojeada opaca e hizo un ademán de despecho, lanzando al mismo tiempo una sorda imprecación.

Poco a poco el fenómeno luminoso se alejó en dirección al este, y la nave, que filaba despacio en sentido contrario, permaneció otra vez envuelta en tinieblas densas, que el fanal de proa no bastaba a romper.

El náufrago, que había vuelto a sentarse a proa, cuando vio brillar el mar a lo lejos, se levantó con cautela y parecía que su vista buscaba a alguien.

Repitió el gesto de despecho que antes hiciera, al no ver sobre el puente ni al capitán, ni a miss Ana, ni al segundo.

Una profunda arruga se marcó en su frente y permaneció como perplejo. Al ver pasar cerca a un marinero joven que acababa de dejar la cámara de proa, y que no había oído la brusca pregunta del señor Collin acerca de la isla de Norfolk, le detuvo diciéndole:

—¡Eh, caramba! ¿Qué hora tenemos?

—Deben ser las diez —respondió el marinero.

—¿Cuál de los oficiales está de guardia para el primer turno?

—Asthor, el piloto.

—¿Y el señor Collin?

—Hará la guardia de media noche.

—¿Es un valiente oficial el señor Collin?

—Bravísimo, os lo aseguro.

—¿Goza de gran confianza a bordo?

—De la misma que disfruta Asthor, que navega hace veinte años con el capitán Hill, y quizá de más.

—¿Es verdad que es el novio de miss Ana?

—No lo he oído decir, ni lo creo.

—Dime, camarada, ¿se cree realmente que yo sea un pobre marinero que ha tenido la desgracia de naufragar?

—¡Por Baco! ¿No os hemos recogido en pleno mar a bordo de una balsa?

—Es verdad; pero me parece que el señor Collin me mira con cierta desconfianza.

—Es un hombre desconfiado el teniente; pero no creo que tenga motivos para desconfiar de vos.

—Tienes razón, camarada. Soy un loco al pensar que a bordo de la *Nueva Georgia* se me mira con malos ojos. ¡Buenas noches!

El náufrago atravesó el puente con la frente arrugada y los brazos fuertemente cruzados sobre el pecho. Parecía muy pensativo y preocupado.

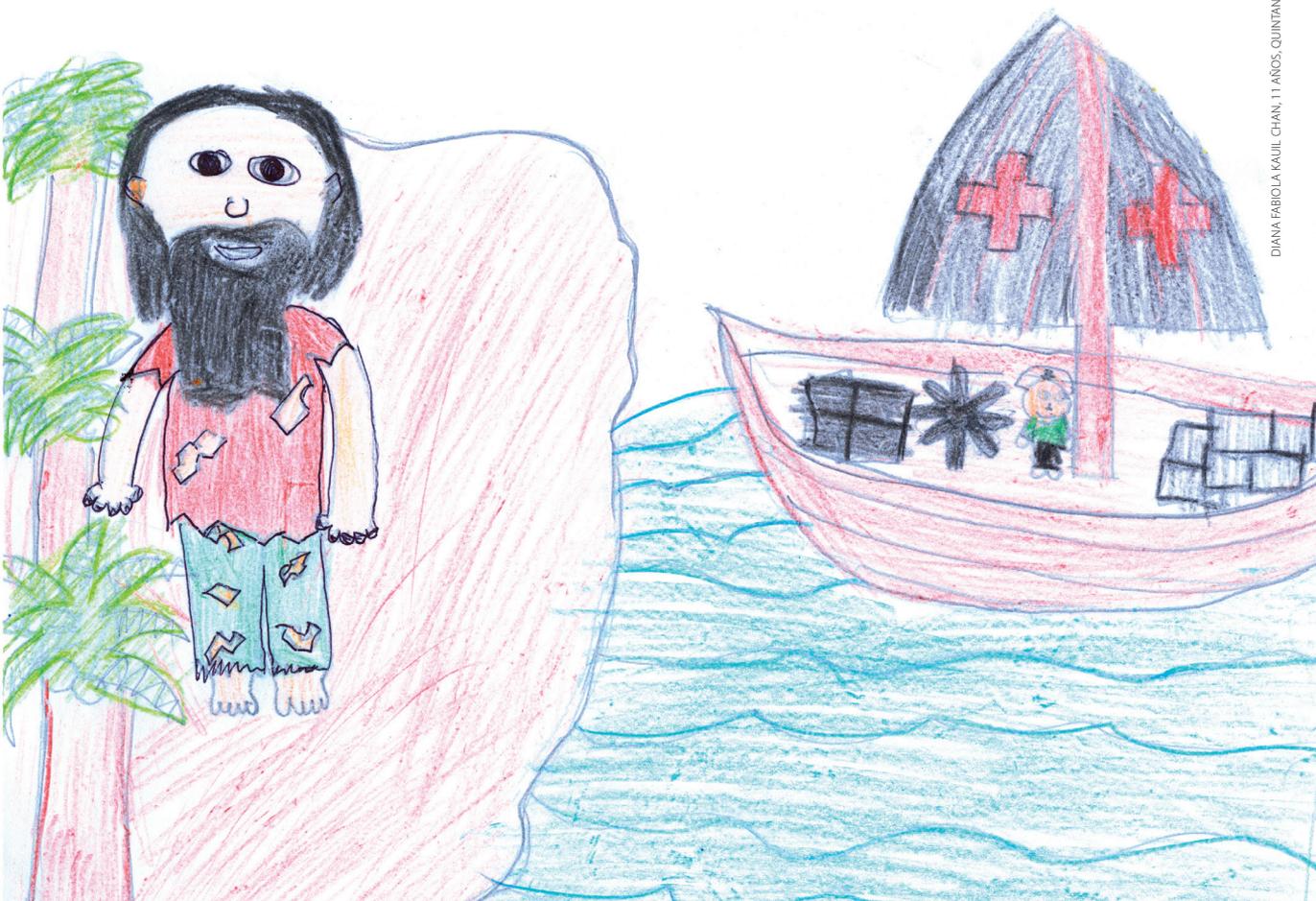
Al pasar junto a la escotilla se detuvo para escuchar a los tigres, que lanzaban profundos rugidos.

—Tienen hambre —murmuró con voz sorda—. Y, sin embargo, aquí hay carne para los doce tigres.

Después retrocedió lentamente hacia proa y fijó los ojos en las nubes, que corrían desordenadamente por el cielo.

—La tempestad —articuló en voz baja— será fatal para alguno.

Reprimió una sonrisa helada que se dibujaba en sus labios y desapareció por la cámara de proa.





## Los antropófagos del Océano Pacífico

Contrariamente a las previsiones de todos, el huracán, que parecía amenazar otra vez a la *Nueva Georgia*, no se presentó, y durante la noche se aclararon las nubes y aparecieron las estrellas. Comprendíase, sin embargo, que aquello debía ser sólo una tregua y nada más, porque el viento seguía soplando del Sur, o sea de la parte donde se forman y arrancan los tifones, y el mar conservaba la tinta plomiza que indicaba como amenaza segura de un gran temporal.

Al día siguiente, al amanecer, la *Nueva Georgia*, que durante la noche había recorrido unas setenta millas se encontraba frente al archipiélago de las Nuevas Hébridas.

La *Nueva Georgia*, que navegaba con bastante velocidad, se mantuvo prudentemente lejos de aquellas costas inhospitalarias, pero los isleños vieron el buque y acudieron en buen número a la playa, agitando sus lanzas y sus arcos en son de amenaza.

Lanzaron algunas flechas, que cayeron bastante lejos del barco, y el capitán Hill, que no quería perder tiempo en desagradables aventuras, no se dignó contestar.

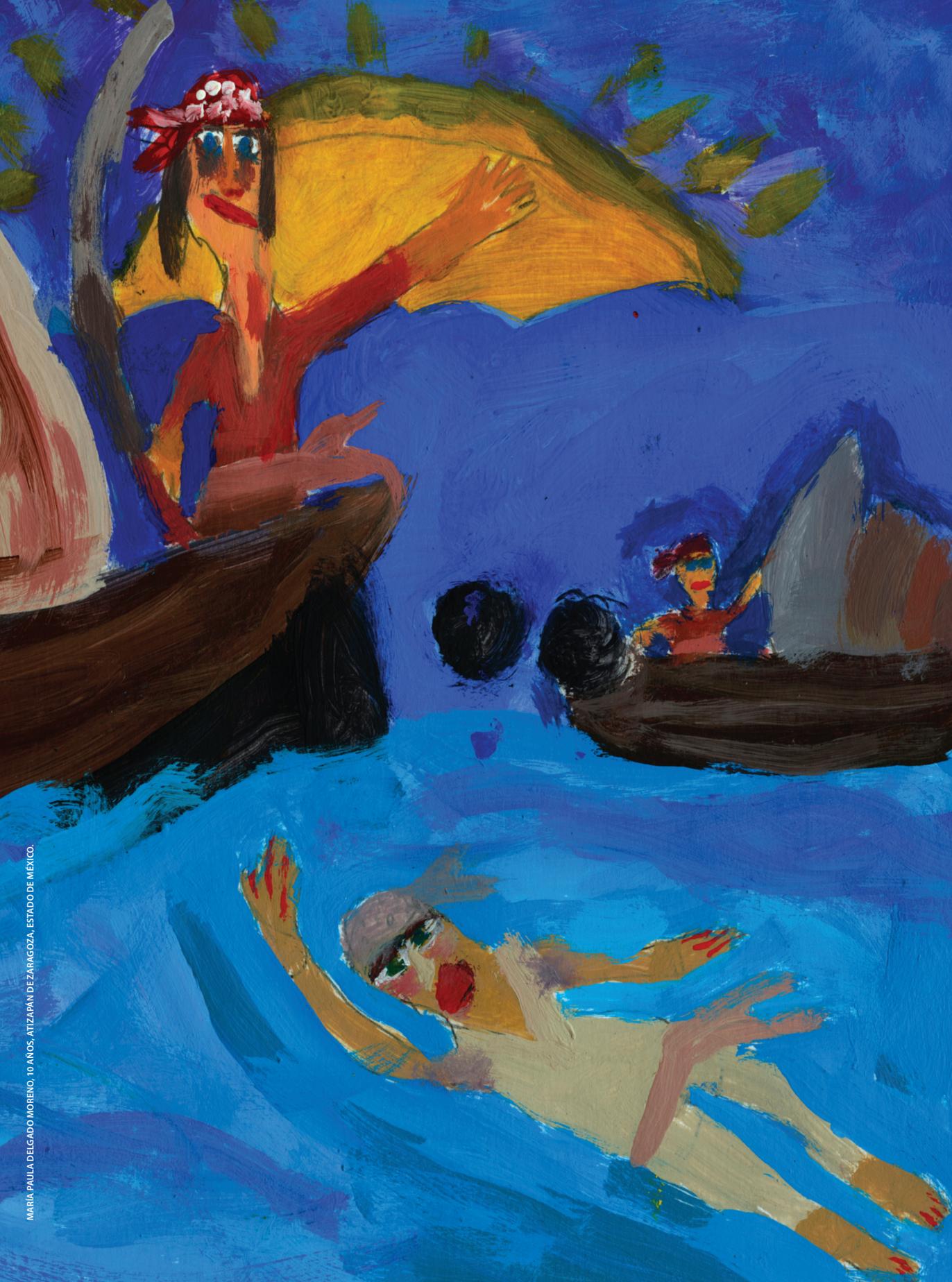


Hacia el mediodía, y a distancia de unas treinta millas de la isla Barwal, la *Nueva Georgia* encontró dos canoas fuertemente amarradas la una a la otra y que se comunicaban por un puente, en el que había unos doce salvajes de pequeña estatura, piel bronceada, cabeza alargada y nariz chata, casi por completo desnudos y armados de lanzas cuyas puntas parecían ser esquirlas de huesos, probablemente humanos.

Al ver que el buque pasaba de largo, la canoa, maniobrada por diez remeros, trató de seguirlo, con la esperanza de lograr alguna cosa, fuera de grado o por fuerza. El capitán Hill ordenó que la nave siguiera hacia el norte y mandó disparar un pequeño cañón que llevaba escondido bajo el castillo de proa. La detonación y además la imposibilidad de alcanzar al velero, que corría con la velocidad de ocho nudos por hora, hicieron desistir a los feroces salvajes de su loco propósito.







MARÍA PAULA DELGADO MORENO, 10 AÑOS, ATIZAPÁN DE ZARAGOZA, ESTADO DE MÉXICO.

## Encallados en los arrecifes de Figii-Levú

—¿Conocéis la isla que tenemos delante? —preguntó Ana al náufrago, mostrándole la masa enorme que se distinguía confusamente en la oscuridad.

—Es Figii-Levú, si no me engaño —respondió el marinero.

—¿Y en esa tierra se encuentran vuestros compañeros?

—Sí, miss.

—¿Sabéis dónde están?

—Cuando dejé la isla quedaron acampados junto a una pequeña bahía en la costa occidental; pero sé que pensaban dejarla porque habían sido descubiertos y amenazados por los salvajes.

—¿Dónde estarán ahora? —preguntó el capitán.

—Lo ignoro, pero los encontraremos. Dicho esto, el náufrago pareció abismarse en profundos pensamientos y no habló más.

El capitán Hill y su hija abandonaron la popa y se dirigieron a proa, donde la tripulación se ocupaba en lanzar otra ancla, la llamada de esperanza, que es la mayor, y que en vez de cadena lleva una gruesa maroma.

El mar se mantenía en clama alrededor de la nave; pero más allá de la zona engrasada las olas se debatían furiosas, con tremendos mugidos y produciendo algunas oscilaciones bajo la capa aceitosa, oscilaciones que se notaban en la *Nueva Georgia*.

La materia grasa, que se veía brillar a la luz de los relámpagos en una extensión de tres cuartos de milla a sotavento y barlovento, tendía a ser rota por el aire y el agua; pero en seguida sus partículas, por la fuerza de la cohesión, se unían nuevamente, oponiendo una

resistencia increíble a los desencadenados elementos.

El aceite no faltaba, y en él estaba la única esperanza de salvar la nave. Sin embargo, el capitán y Asthor notaron bien pronto que las anclas, tal vez porque el fondo era poco resistente o demasiado blando, empezaban a ceder, dejándose llevar hacia las islas de los antropófagos.

—¡Mal descubrimiento! —dijo el capitán a Ana—. Si las anclas no encuentran un fondo rocoso, dentro de dos horas estaremos a muy pocas millas de la isla.

—Sin embargo, el mar está muy tranquilo alrededor de nosotros —observó la joven.

—No es el mar lo que nos empuja; es el viento, que arrastra nuestro buque hacia el Sudeste.

—¡Son feroces los habitantes de Figii-Levú?

—Tan feroces que los mismos hermanos se devoran unos a otros. Se dice que son los antropófagos más crueles de todas las islas del océano. No quisiera que nos tocara a nosotros la desgracia que cupo a la *Unión*.

—¿Qué era la *Unión*?

—Un hermoso y sólido buque americano perteneciente al departamento marítimo de Nueva York y con una tripulación numerosa. Había partido hacia fines de 1799 con dirección a Tonga-Tabú, una gran isla que dista de aquí pocas docenas de leguas, pero que tiene triste celebridad.

Llegado el buque a la isla, los salvajes lo asaltaron y mataron al capitán y a tres marineros. Iban ya a hacerse dueños del barco,

cuando el segundo de a bordo tuvo la feliz ocurrencia de cortar las amarras que sujetaban las anclas y huyó prontamente.

Los isleños, que son tan hipócritas como feroces, fingieron mostrarse pesarosos de lo ocurrido y mandaron a decir al oficial que volviera a Tonga para hacer las paces. Cayó éste en la emboscada y volvió hacia la isla; pero apercibido a tiempo de que los salvajes trataban de apoderarse del barco, huyó definitivamente.

La desgracia pesaba, sin embargo, sobre aquel buque, pues cinco días después naufragó cerca de Figii-Levú y la tripulación toda fue devorada por aquellos feroces aficionados a la carne humana.

—¿Y no pudieron defenderse aquellos desgraciados marineros?

—Los polinesios son valientes y no temen a las armas de fuego. Cuando un barco se acerca a sus costas, nada les contiene y saltan al abordaje con una intrepidez que espanta. Además...



No siguió hablando. Se inclinó bruscamente sobre la borda y miraba con profunda atención el agua que tomaba la forma de una ola sacudiendo a *Nueva Georgia*.

—¡Hemos tocado! —exclamó.

—¿Dónde? —preguntó Ana poniéndose pálida.

—En el fondo.

—¿No te engañas?

En aquel momento, por la proa, se elevó un clamor agudo. Los marineros corrían de babor a estribor y mirando al agua e interrogándose con ansiedad.

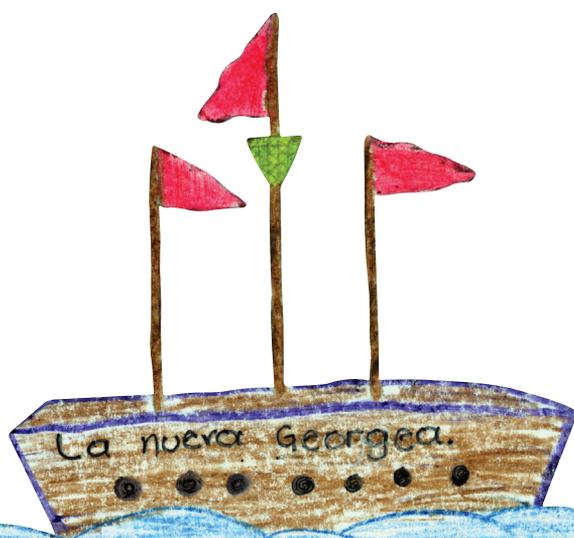
—¿Estamos sobre un escollo?

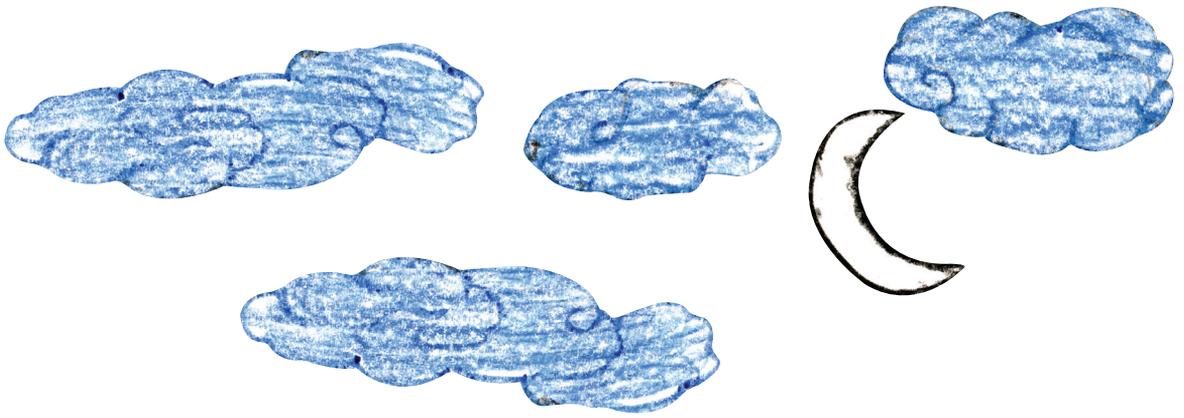
—No veo nada.

—¿Hemos embarrancado?

—¡No!

—¡Sí!





—¡El barco arrastra la quilla por el fondo!

—¡Todo el mundo en silencio! —gritó Asthor—. ¡Echad la sonda, o será demasiado tarde!

El capitán Hill, presa de la más viva emoción, como puede comprenderse, porque la nave podía quedar sujeta de un momento a otro, corrió a proa seguido de Ana.

—¿Hemos varado? —preguntó.

—Lo temo, capitán —respondió Asthor con voz alterada.

—¿Cuántos pies de agua tenemos?

—¡Siete! —exclamó el marinero, que en aquel momento retiraba la sonda.

—¡Gran Dios! —exclamó el capitán Hill—. ¿Dónde está el naufrago?

—Aquí señor —contestó Bill presentándose.

—¿Tú dices que conoces estos parajes?

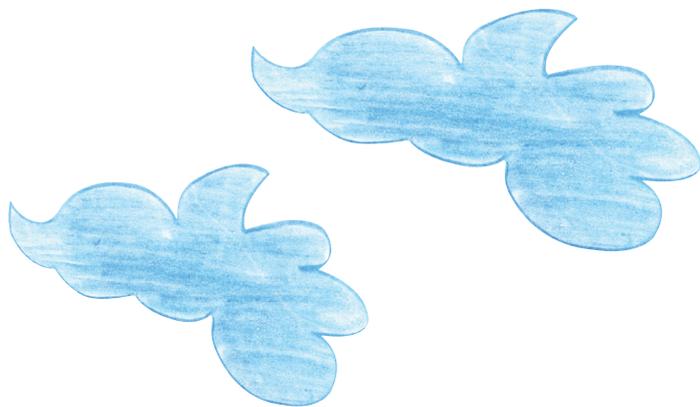
—Sí, señor.

—Sin embargo, hemos embarrancado.

—Ya lo he notado.

—¿Tenemos un banco debajo de nosotros o tal vez las arenas de la isla?

—Más bien creo que sea un banco.



—Pero, ¿tú lo desconocías?

—Sabéis muy bien que los pólipos cambian muchas veces de sitio alrededor de las islas del gran océano. Un mes hace el fondo no estaba tan alto. Sin duda lo han levantado esos microscópicos constructores de bancos y escollos.

—¿Habrá bastante agua al lado del banco?

—Lo supongo.

—¿Y si tratáramos de ganarla?

El naufrago sacudió varias veces la cabeza y luego dijo con voz lenta y tranquila:

—Estamos en manos del destino.

—¿Perdidos? —preguntó Ana estremeciéndose.

—Todavía no —respondió el capitán Hill—. No te asustes, Ana, que a bordo tenemos medios suficientes para lanzar la nave al agua libre y armas sobradas para contener los asaltos de los isleños si éstos intentaran el abordaje.

Después, alzándose cuan alto era, gritó con voz tonante:

—¡Desplegad las velas de trinquete! ¡Asthor, al timón!

En pocos segundos fueron cumplidas aquellas órdenes. La *Nueva Georgia*, impulsada por el viento, giró lentamente sobre sí misma tratando de salir del escollo; pero retrocedió acercándose a

las playas de Figii-Levú. Un inmenso grito de angustia se escapó de la tripulación, que ya se creía perdida y próxima a tener que arribar a la tierra de los antropófagos. Las anclas resbalaban por el fondo, que parecía no dar el menor punto de apoyo a las flechas de hierro.

A proa se oyó un grito, primero leve, pero que después se fue acentuando, mezclado con otros ayes que cada vez aumentaban más, hasta que por toda la nave se oían tristes voces de desesperación.

—¡Un ancla a popa! —gritó el capitán Hill—. ¡Pronto, o estamos perdidos!



A bordo no quedaba ya más que una pequeña ancla. En seguida la llevaron a popa y fue prontamente arrojada al mar. Parecía que había logrado buen fondo, porque el buque viró de bordo, volviendo la proa hacia la isla; pero fue cosa de pocos momentos, porque el ancla comenzó también a resbalar por la superficie lisa del banco.

De improviso sobrevino un choque violento que hizo temblar la arboladura y saltar algunos fragmentos de leña. La *Nueva Georgia*, empujada por las ondas, se alzó de pronto y en seguida bajó, depositando su quilla en el fondo para permanecer inmóvil, algo inclinada de estribor. ¡Estaba embarrancada!

Casi en el mismo momento, bajo los tenebrosos bosques de la isla, se oyeron espantosos clamores, que parecían de bestias más bien que de gargantas humanas.

La tripulación entera se estremeció, y hasta en la frente del náufrago, ordinariamente serena, se dibujó una profunda arruga.



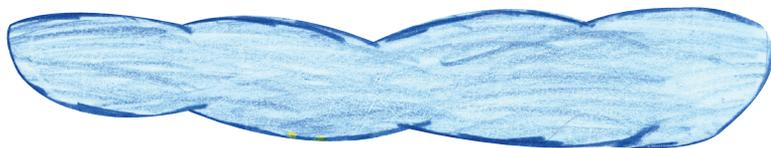


FÁTIMA GISEL RAMÍREZ DELGADO, 7 AÑOS, PUEBLA.



ÉRICK EMMANUEL CRUZ TRINIDAD, 9 AÑOS, OAXACA.





## El archipiélago de Figii

—¡Una canoa! —exclamó un momento después un marinero que inspeccionaba la costa.

Todas las miradas se dirigieron hacia el sitio indicado y vieron una gran canoa, hecha del tronco de un árbol enorme, destacarse de la orilla y dirigirse hacia el buque.

Doce salvajes medio desnudos, pero armados de pesadas mazas, remaban con un acuerdo perfecto, mientras a proa se mantenía derecho un hombre de alta estatura, con turbante en la cabeza y una ligera barba pintada de rojo.

Los marineros aferraron los fusiles y pusieron el cañón; pero el náufrago los detuvo con un gesto imperioso.

En pocos minutos la embarcación atravesó la zona de aceite y se halló cerca de la *Nueva Georgia* por estribor. Entonces el hombre del turbante, alzando la cabeza, se dirigió a la tripulación diciendo en su lengua:

—¿Qué buscan aquí los extranjeros?

Bill se inclinó sobre la borda y contestó en el mismo idioma:

—Buscamos a unos hombres blancos naufragados en tu isla hace algún tiempo y que se encuentran en tus bosques.

El jefe salvaje lo miró con ojos feroces y en seguida lanzó una carcajada.

—Nuestro rey está por morir —gritó— y los hombres que buscas le harán escolta de honor en la otra vida; pero nosotros nos comeremos a vosotros.

Dicho esto, la canoa viró prontamente a bordo y se alejó con la velocidad de una flecha.

El náufrago, al verla huir, hizo un gesto de furor.



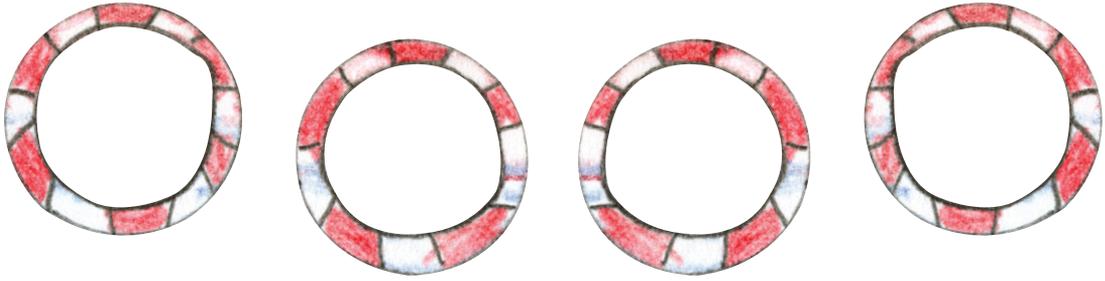
## El extraño funeral de un rey

Cuando el rey es viejo y está enfermo, el pueblo le insinúa humildemente que debe abandonar el trono al hijo primogénito y se prepara a hacerle grandes funerales y a festejar al mismo tiempo al sucesor. El pobre déspota de ayer tiene que acomodarse más o menos gustoso al deseo de sus fieles súbditos y se deja conducir a la sepultura, pero con la diferencia de que, mientras sus súbditos en caso parecido son enterrados muertos, él goza el privilegio de ser sepultado... ¡vivo!

Este sepelio de un hombre vivo que podría no morir aún en un buen número de años, se practica con ceremonias especiales, como conviene a persona de tan alto poder.

La esposa principal, que no puede seguir al rey en su gran viaje porque los usos de la corte se lo impiden, pinta el pecho y los brazos del déspota con un color negro sacado de una especie de nuez, que llaman *aluzzi*, y en seguida le envuelve las piernas y el vientre con tiras de estofa blanca tejidas con *mari*, que se obtiene de cierta fibra muy común en todas las islas del Gran Océano.





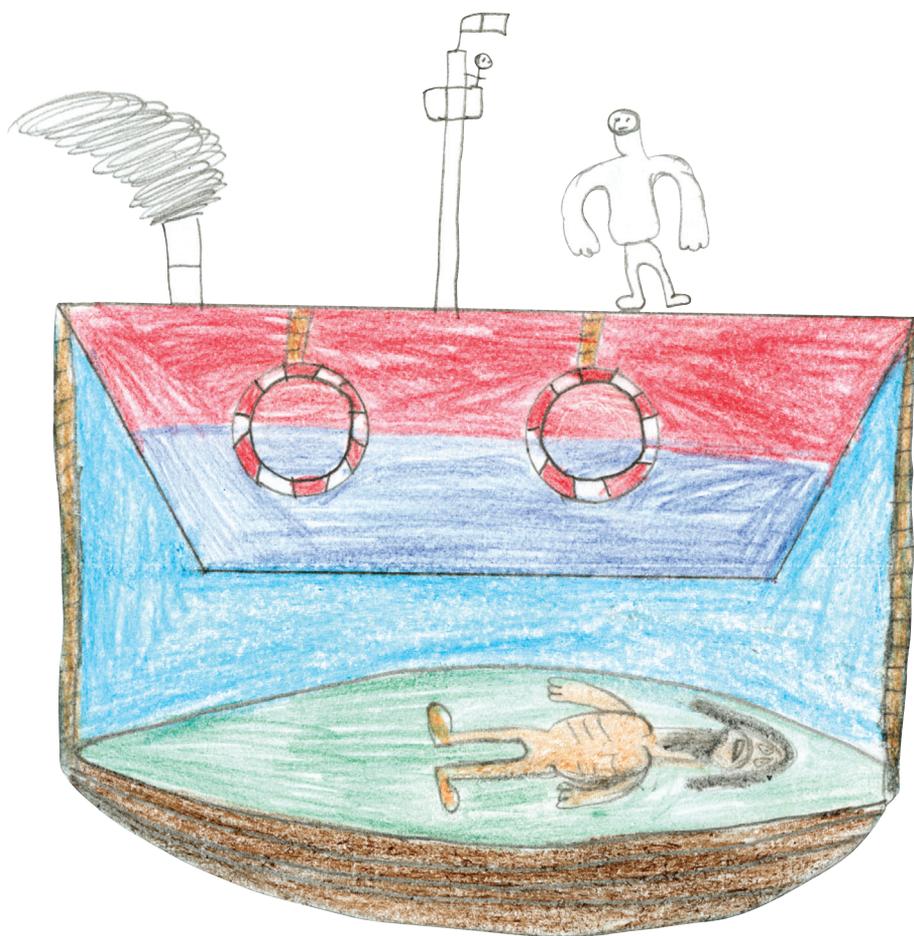
Hecho esto, es transportado con gran pompa a la sepultura el muerto-vivo; pero antes de echarlo en la fosa, han arrojado en ella, ya bien muertos, a dos o tres de los más famosos guerreros, a fin de que le sirvan de escolta y expliquen al Grande Espíritu que tiene que habérselas con un gran personaje. También arrojan en la tumba dos mujeres acabadas de morir para que le sirvan en la otra vida.

Estas costumbres, que no pueden haber nacido más que de las imaginaciones crueles de los antropófagos, parecen extrañas y aún inverosímiles, tan horribles son, y podría creérselas inventadas por la fantasía de los escritos o de los marinos, si muchos navegantes, que en distintas ocasiones han visitado aquel archipiélago, no las confirmaran todas como vistas por sus propios ojos. Los misioneros que en estos últimos años desembarcaron en aquellas islas intentaron por todos los medios poner un freno a semejantes atrocidades y en parte lo consiguieron; pero no hace muchos años aún que el reverendo Thomas William asistió al entierro del rey Somo-Somo, uno de los más valientes salvajes que han reinado en Nasima, y que fue transportado al sepulcro todavía vivo, aunque enfermo, así como dos mujeres que debían acompañarle en la otra vida. El misionero, aterrado e impotente, pues todas sus súplicas fueron vanas, presenció aquellos horribles funerales y hasta

oyó los golpes de tos del viejo rey, después de haberle cubierto ya la tierra...

La siniestra noticia que dio el salvaje de la canoa produjo en la tripulación, como es fácil imaginar, una impresión dolorosa, pues ninguno ignoraba las feroces costumbres de aquellos salvajes.

Los desgraciados náufragos de la nave inglesa, a quienes la tripulación de la *Nueva Georgia* esperaba hallar libres aún y salvarlos sin recurrir a las armas, iban a ser sacrificados para servir de escolta al moribundo rey en el gran viaje del que no se vuelve. Por otra parte y para aumentar aún más las angustias de los tripulantes, el buque iba a ser asaltado y no se tenía el recurso de la fuga por estar embarrancados en los escollos.



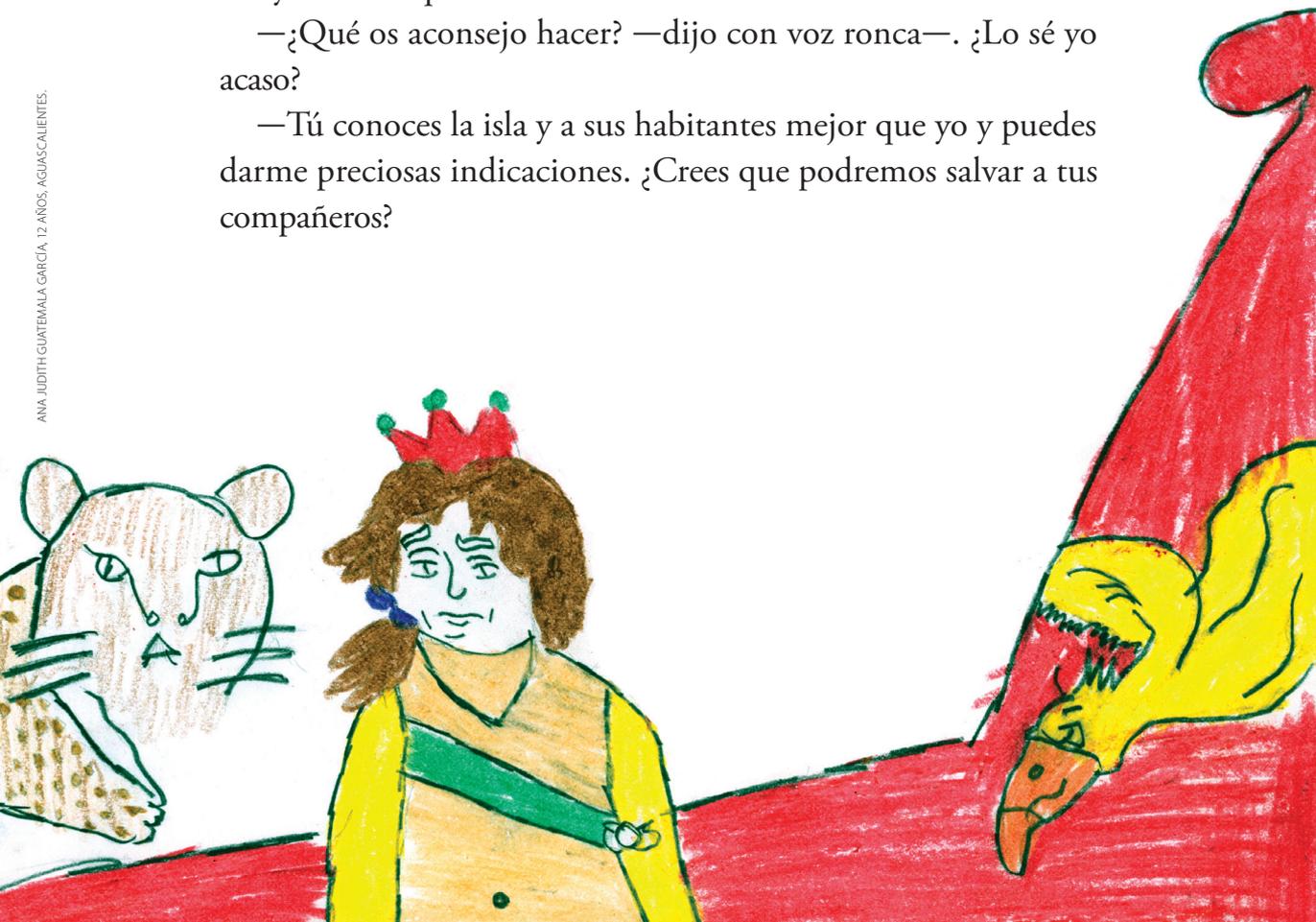
Durante algunos instantes reinó un profundo silencio a bordo, tan enorme fue la impresión recibida ante aquella grave noticia. Después el capitán Hill, cuya resolución y energía no disminuía nunca, dijo:

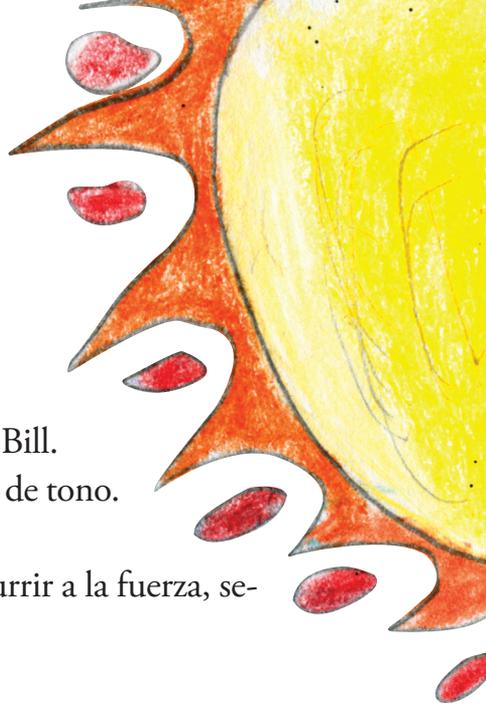
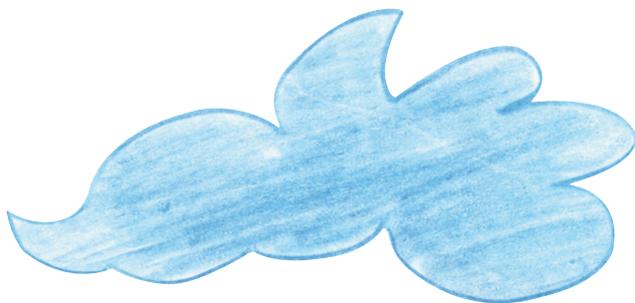
—No hay que desanimarse, somos pocos, es verdad, pero todos valientes y acostumbrados al peligro. Tenemos armas, pólvora y balas en abundancia y no debemos, por tanto, achicarnos ante estos canallas de antropófagos. Ahora bien, Bill, ¿qué me aconsejas que haga?

El náufrago, que miraba la isla con ojos que arrojaban llamas, los puños cerrados y presa de una cólera furiosa, se volvió como una fiera. No era el mismo hombre frío y tranquilo de hacía pocos minutos; estaba pálido, en su rostro se marcaba algo de amenazador y siniestro que infundía miedo.

—¿Qué os aconsejo hacer? —dijo con voz ronca—. ¿Lo sé yo acaso?

—Tú conoces la isla y a sus habitantes mejor que yo y puedes darme preciosas indicaciones. ¿Crees que podremos salvar a tus compañeros?





Un relámpago de alegría brilló en los ojos de Bill.

—¿Queréis salvarlos? —preguntó cambiando de tono.

—Si es posible, estoy dispuesto a hacerlo.

—Podemos conseguirlo, pero habrá que recurrir a la fuerza, señor, y pelear con los salvajes.

—¿Tienes algún plan?

—Desde luego —respondió Bill después de meditar algunos instantes.

—Explícamelo.

—La *Nueva Georgia* no corre por ahora peligro alguno, de esto estoy cierto. Mientras no termine la ceremonia del enterramiento los salvajes no vendrán a inquietarnos, porque todos tienen que asistir a las ceremonias con que se celebrará el principio del nuevo reinado. Tenemos, pues, tiempo para obrar sin miedo a un inesperado asalto.

—Proseguid —dijo miss Ana.

—He aquí mi plan. Esta tarde, después de puesto el Sol, dejaremos el buque bajo la vigilancia de seis hombres resueltos y desembarcaremos en una pequeña rada que yo conozco. Por un sendero ignorado de los salvajes atravesaremos el bosque y nos apostaremos en las cercanías del gran pueblo habitado por el moribundo rey. Cuando empiece la ceremonia fúnebre caeremos sobre la multitud, rescataremos a mis compañeros y huiremos hacia la rada. Si más tarde, repuestos de la sorpresa que ciertamente les producirá nues-

tra inesperada aparición, quieren asaltar la nave, yo les prepararé un buen recibimiento que les obligará a alejarse para siempre.

—Está bien. Intentaremos el golpe.

—¿Y no os seguiré yo? —preguntó Ana.

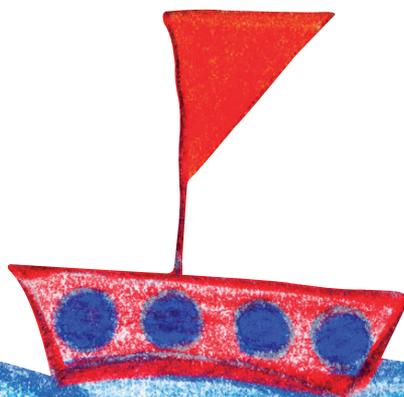
—Es imposible, hija mía —respondió el capitán—. Sé que eres valiente y hábil en el manejo de las armas de fuego, pero no podrías seguirnos a través de los bosques, y menos si nos persiguen los salvajes. Quedará contigo una buena guardia y Asthor no dejará acercarse al enemigo, está segura de ello.

—Haré lo que quieras, padre mío.

El mar, mientras tanto, se había calmado y la costa aparecía desierta.

El capitán hizo botar al agua dos lanchas mayores, que armó con dos espingardas cargadas de metralla; escogió entre los mejores, gran número de fusiles, una buena provisión de pólvora y balas y algunas provisiones, ignorando lo que podía durar la expedición.

Esto hecho, el valiente capitán aguardó la noche para ponerse en marcha.



A las diez ordenó el embarque. Abrazó a Ana, profundamente conmovida de aquella separación, que podía ser fatal para uno u otro, recomendó a Asthor y a los marineros la más estrecha vigilancia y en seguida saltó al lanchón.

Los trece marineros designados para secundar el audaz golpe de mano estaban ya en las lanchas, llevando sus armas y esperando la señal de partir para echar mano de los remos.

—Vigila, Asthor —dijo el capitán antes de marchar—. Te confío a mi hija, que es mi más querido tesoro del mundo.

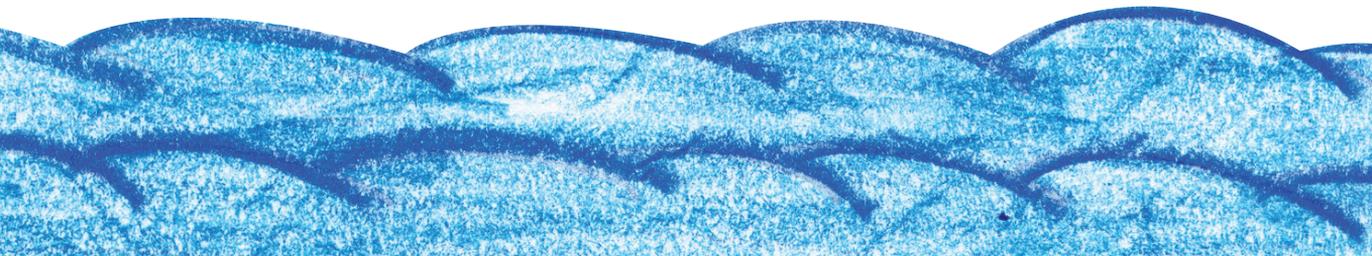
—Me haré matar, si es preciso; pero os juro que la encontraréis viva, señor —contestó el lobo de mar.

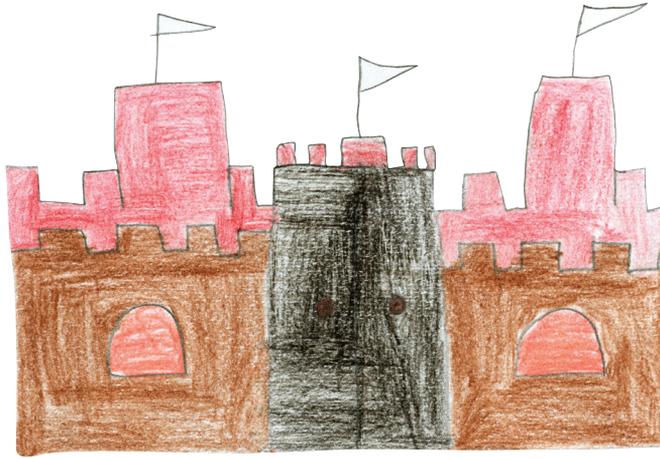
El capitán dirigió un último saludo a Ana, que se mantenía inclinada sobre la borda, y en seguida dio la orden de remar.

Las dos chalupas, deslizándose con el mayor silencio y protegidas por las tinieblas, se alejaron evitando los escollos y pusieron la proa al Sur.

El náufrago, que estaba al timón de la mayor de ellas, indicaba el camino, marcando a los remeros los bajos fondos y los escollos para que los evitaran. De cuando en cuando les obligaba a detenerse, y sus ojos, que brillaban en la obscuridad como los del gato, inspeccionaban toda la costa para cerciorarse de que nadie les espiaba.

Después de media hora de bogar, Bill dirigió su chalupa hacia la costa, y evitando un banco en el que se rompían las olas con alguna violencia, la hizo entrar en una pequeña bahía bastante resguardada y en la que venía a morir un bosquecillo de bananos (*ficus indica*), árboles de colosales proporciones, con troncos formados de nudos entrelazados que llegan a alcanzar hasta treinta metros de





circunferencia, y cuyas copas forman una masa de hojas tan grande que su sombra puede guarecer a cuatrocientas personas o más.

—¡Quietos! —murmuró el náufrago.

Los remeros se detuvieron a diez o doce metros de la orilla, y no sabiendo de lo que se trataba, prepararon sus fusiles.

—¿Qué ocurre? —preguntó el capitán, que guiaba la segunda chalupa.

—¡Escuchad!

Todos guardaron silencio y procuraron oír, conteniendo la respiración.

A lo lejos se oían los clamores de los salvajes, a los que se unían ciertos sonidos extraños que parecían producidos con conchas marinas. El capitán Hill palideció y sintió que el corazón le latía fuertemente.

—¿Están asaltando mi buque? —preguntó ansioso.

—No —dijo Bill—. Esos gritos no vienen de la parte del mar, sino del gran pueblo de los salvajes. O Vavanuho ha muerto, o algo grave acaba de ocurrir.

—¿Quién es Vavanuho?

El rey a quien deben sepultar.

—Desembarquemos.

Las dos chalupas se acercaron a la playa hasta tropezar con un banco de arena. Los quince hombres, armados de fusiles, pistolas y hachas de abordaje, desembarcaron ante el grupo de bananos, cuyos racimos casi tocaban las aguas de la bahía. Bill hizo cubrir las dos chalupas con gran cantidad de ramas y de hojas para que no fueran descubiertas, y después poniéndose a la cabeza de los expedicionarios, se perdió en las sombras proyectadas por los gigantes-  
cos árboles.

Apenas habían dado seis o siete pasos, cuando Bill se paró bruscamente, apuntando con el fusil.

—¿Qué habéis visto? —le preguntó el capitán Hill.

—Una sombra ha atravesado el sendero.

—¡Eh! —exclamó en aquel instante una voz—. ¡Bill aquí! ¡O sueño, o los caníbales me han vuelto loco!





## Los compañeros de Bill

Un hombre se había levantado del césped y después de aquella exclamación habíase dirigido hacia los expedicionarios, parándose, sin embargo, de trecho en trecho para restregarse los ojos como si no diera crédito a lo que veía.

¡Qué hombre aquél! Era alto, delgado como si hiciera semanas que no comía, extenuado, lívido. Una barba hirsuta y rojiza le caía hasta la cintura, y sus cabellos, largos y descuidados, le caían por los hombros esqueléticos; tan seco y consumido estaba.

Algunos sucios pingajos, que recordaban vagamente la forma de una casaca y unos calzones destrozados, trataban en vano de cubrir aquel cuerpo delgadísimo y lleno de contusiones.

—Pero ¿eres tú, Bill? —volvió a preguntar aquel desgraciado.

—¡Mac-Bjorn! —exclamó el náufrago—. ¡En qué estado te encuentro!

—Un poco delgado, no digo que no, pero todavía vivo a despecho de esos pillos antropófagos que me han dado muy malos ratos... Pero por lo que veo no estás solo.

—Da ante todo las gracias a este señor, el capitán Hill, dueño de la *Nueva Georgia*, que viene expresamente para salvaros a todos.

El hombre delgado se inclinó haciendo sonar todos los huesos de su cuerpo y dijo:

—Os doy gracias en nombre de todos mis compañeros, que se alegrarán mucho de veros, os lo aseguro, si todavía están vivos.

—¿Por qué dudáis de que vivan? —dijo el capitán después de corresponder al saludo.

—Porque si se pierde el tiempo estarán en la fosa del rey... ¡Tienen prisa esos buenos salvajes!

—¿Están prisioneros? —preguntó Bill.

—Todos.

—¿Y tú por qué estás libre?

—¿Yo? —contestó el náufrago riendo—. Me ataron perfectamente, pero estoy tan delgado que pude deslizarme por las cuerdas y apelé a la fuga.

—¿Y os han seguido? —preguntó el capitán.

—Sí, pero yo tengo las piernas largas y el cuerpo ligero y pude en seguida ganar el bosque.

—¿Cuándo huiste? —preguntó Bill.

—Hace poco.

—¿Qué gritos son esos que hemos oído, entonces?

—Los de rabia que daban los antropófagos. Cuando descubrieron mi fuga ya estaba yo lejos y dieron la voz de alarma, pero yo... yo me burlo ya de toda esa canalla.

De pronto se hizo un gran silencio. Los guerreros se ordenaron rápidamente formando una larga columna, que se destacó de la gran choza, dirigiéndose hacia el bosque donde se escondía la tripulación de la *Nueva Georgia*. Detrás de ellos se veía al viejo rey, conducido en una especie de palanquín, llevado por los más famosos guerreros de la tribu, que se adornaban con numerosos collares y tenían tatuados las piernas y los brazos.

El pobre déspota iba vestido de gran gala. Tenía los brazos y las piernas envueltos en tiras de tela de *mari*, el pecho pintado de negro con *alnazzi*, la cabeza envuelta en un pañuelo rojo surmontado por una extraña diadema formada de conchas, y al cuello ostentaba numerosos collares de huesos de tiburón y de ballena.

Tendría unos sesenta años; pero el abuso de las bebidas alcohólicas y tal vez alguna larga enfermedad le habían envejecido bastante. Aunque sabía la suerte que le esperaba, parecía contento y sonreía amablemente a su primera mujer, que le aireaba con un abanico de hojas de coco.

Mac-Bjorn y Bill, que aguzaban la vista, distinguieron a la derecha del rey, y rodeados por el pueblo, a sus infelices compañeros, sólidamente atados, esqueléticos, abatidos y sufriendo pacientes la lluvia de golpes que caía sobre ellos, cada vez que la extenuación les obligaba a detenerse. Junto a ellos caminaban diez muchachas, cuyo destino debía ser el de que las mataran y arrojaran a la sepultura del rey para que le hiciesen compañía en la otra vida. Estas muchachas no parecían ni con mucho abatidas ni tristes, sino felicísimas por haber sido escogidas para tan honorífico destino.

—¡Ahí están! —exclamó Bill, que se había puesto mortalmente pálido al ver a sus compañeros.

—Los veo —respondió el capitán sin poder contener un gesto de compasión—. ¡A qué estado se ven reducidos! Pero ya pagarán sus cuentas esos feroces devoradores de carne humana.

En seguida apuntó con el fusil, diciendo:

—¡Preparen!

Los marineros dirigieron los cañones de sus armas a lo más compacto de la comitiva.

—¡Fuego! —gritó el capitán.







## El asalto de los antropófagos

Ante aquella inesperada descarga, que hizo caer a tierra una docena de personas, las cuales se revolcaban en el suelo lanzando desesperados aullidos de dolor, una confusión indecible se produjo entre la multitud de los caníbales.

Los hombres, las mujeres, los niños, los mismos guerreros rodeaban el palanquín, presas de un loco terror, y no sabiendo todavía a qué atribuir aquella detonación, huyeron en todas direcciones dando gritos agudos y abandonando al viejo rey, que había caído a tierra, a los seis prisioneros y a las doce mujeres destinadas a la muerte.

El capitán Hill se adelantó, corriendo con el hacha de abordaje en la mano y dando voces de:

—¡Adelante, marineros!

Bill, Mac-Bjorn y los marineros de la *Nueva Georgia* le siguieron veloces como relámpago y se dirigieron hacia la aldea, dando terribles gritos para hacer que aumentaran el terror y la confusión.

Algunos guerreros, viendo que se acercaban al rey y creyendo que trataban de matarle para comérselo, volvieron atrás agitando con rabia sus pesadas mazas; pero una descarga de pistolas bastó para ponerlos en fuga.

Tres o cuatro de ellos, heridos por las balas, cayeron a tierra.



El capitán Hill, Mac-Bjorn y Bill rodearon a los prisioneros blancos, que parecían estupefactos ante aquel impensado socorro, cortaron con los cuchillos sus ligaduras y los empujaron hacia el bosque, gritando:

—¡Presto! ¡Huíd, o será después tarde!

Los marineros, al ver correr en todas direcciones a la multitud, que empezaba a enfurecerse al ver que aquel ataque tenía por objeto la fuga de los prisioneros, hicieron una última descarga y en seguida dieron a correr detrás de los fugitivos.

Ganado el bosque, se perdieron entre los árboles a fin de que los salvajes no encontraran sus huellas, y se dirigieron a la playa, cargando otra vez las armas. A sus oídos llegaban siempre los gritos de la tribu entera, que se había puesto en persecución de las víctimas y de sus raptos.

A las ocho de la mañana las dos chalupas llegaban a la escollera donde estaba presa la *Nueva Georgia*.

Ana, Asthor y los marineros de guardia saludaron con gritos de alegría el regreso de los expedicionarios. El capitán Hill, que fue el primero en llegar al puente, estrechó fuertemente entre sus brazos a la valerosa joven que no había tenido miedo de quedarse casi sola en el barco estando tan cerca de los antropófagos.

—¿No estáis herido, padre mío? —le preguntó ella.

—Vuelvo incólume y lo mismo que yo regresan todos los demás.

—¿Los habéis salvado a todos?

—A todos, Ana; pero esos infelices están en un estado tal que da miedo.

—¡Desgraciados! —exclamó la joven, inclinándose sobre la borda para verlos—. ¡Parecen esqueletos!

—¡Pronto, subidlos a cubierta y a la enfermería en seguida! —dijo el capitán.

Mac-Bjorn y sus compañeros, que no tenían fuerzas ni aun para permanecer de pie, ni mucho menos para dar un paso, fueron subidos en brazos al puente y en seguida llevados bajo cubierta, donde se les colocó convenientemente en el espacio destinado a los enfermos y heridos.



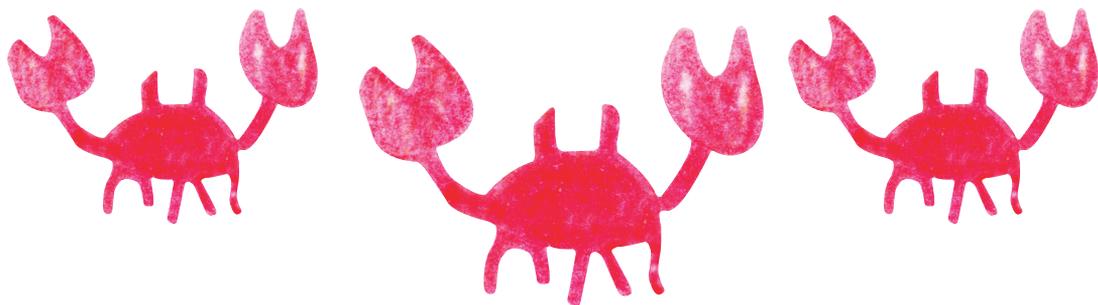
Asthor se encargó de su curación, la cual, después de todo, no debía ser ni larga ni difícil, tratándose como se trataba de gente que sólo tenía hambre y cuya complexión robusta debía bien pronto recobrar fuerzas con buena alimentación y frecuentes tragos de vino generoso.

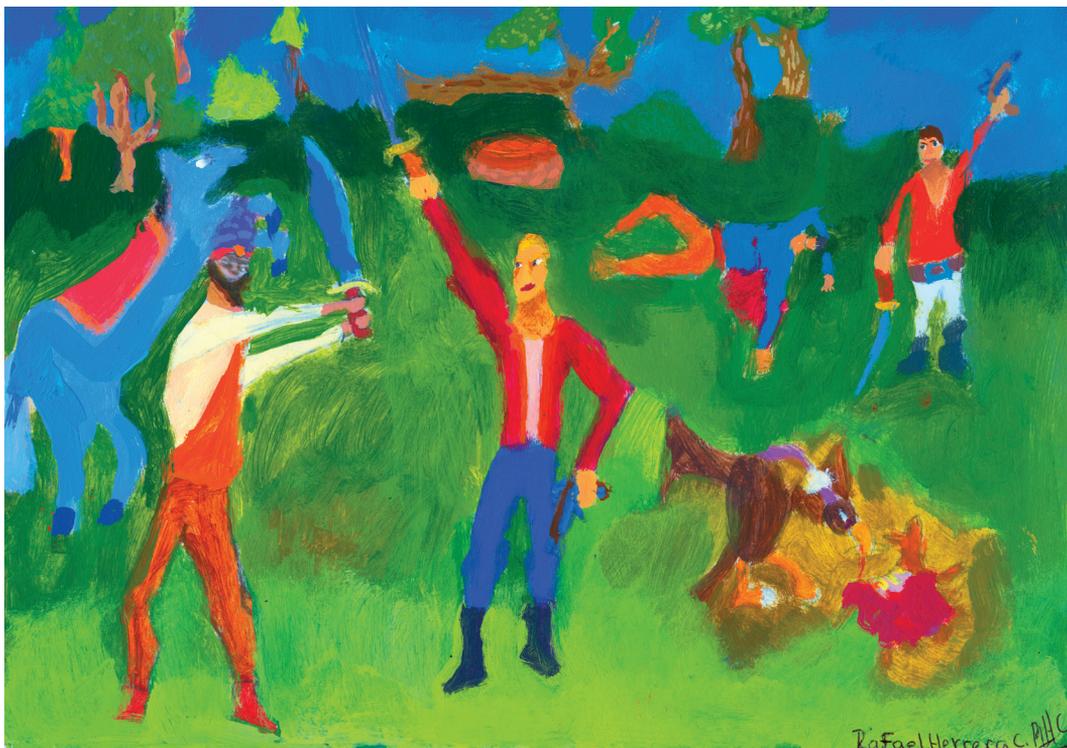
El capitán hubiera querido atenderlos él mismo; pero en aquellos instantes era muy necesaria su presencia en el puente, porque a la *Nueva Georgia*, amenazaba un segundo y más terrible peligro.

La playa, hasta donde alcanzaba la vista, aparecía cubierta como por ensalmo de una multitud de antropófagos, furiosos por la burla de que habían sido objeto y por la huída de sus prisioneros. Desde allí lanzaban horribles imprecaciones contra los extranjeros, los desafiaban con roncós gritos que no tenían nada de humanos, le amenazaban agitando en sus convulsas manos las mazas, las lanzas y las hondas.

—¡A nosotros, feroces antropófagos! —exclamó el capitán—. ¡Eh, Asthor, haz desplegar la bandera americana sobre el palo más alto, y tú, armero, manda conducir las espingardas y el cañón al castillo de proa!

En menos tiempo del que se tarda en decirlo, las veinte grandes canoas se encontraron bajo las bordas del buque, y aquellos diablos de color marrón o de bronce brillante se lanzaron al abordaje, su-





RAFAEL HERRERA CERVANTES, 12 AÑOS, ATIZAPÁN DE ZARAGOZA, ESTADO DE MÉXICO.



CARLOS LEAL SALAZAR, 10 AÑOS, ATIZAPÁN DE ZARAGOZA, ESTADO DE MÉXICO.



biendo los unos por los hombros de los otros para ganar la amura, y agarrándose a todos los salientes mientras llenaban el aire de clamores feroces y agitaban desesperadamente sus armas.

El Capitán Hill, los náufragos, Asthor y los marineros luchaban con las fuerzas y la energía que da la desesperación: disparaban las pistolas y hacían uso de los cuchillos y las hachas de abordaje; se defendían a culatazos; hacían, en fin, heroicidades. Los salvajes caían con la cabeza abierta, los miembros rotos o el pecho abierto; pero en seguida otros les sustituían, aumentando cada vez más el número, pues si caían diez se ponían en su lugar veinte, cuarenta, cincuenta, subiendo como una legión de demonios por los flancos del buque y desafiando sin temor alguno la muerte, a todo por recobrar a sus prisioneros y por entregarse con la tripulación a un banquete de carne humana.

El capitán Hill, a riesgo de matar a sus propios marineros, había hecho volver el cañoncillo y las espingardas hacia el mar, con el fin de hacer mayores destrozos entre los asaltantes; Asthor había ya mandado romper las botellas y esparcir los vidrios por la cubierta; y, sin embargo, los caníbales subían a despecho de la metralla y corrían por encima de los vidrios sin hacer caso de las horribles heridas que se producían en los pies.

La lucha parecía ya perdida para los del buque, cuando en medio de los gritos de los antropófagos, casi vencedores, de las imprecaciones de los marineros y del retumbar de los tiros se oyó una voz gritar:

—¡Todo el mundo arriba, a la arboladura!... ¡Capitán Hill, atrancad bien el camarote de miss Ana!... ¡El buque está salvado!...

En seguida Bill, el que parecía peor de todos los náufragos, se lanzó por el puente, abrió la escotilla y miró a la bodega, en cuyo fondo, espantados por el ruido de la batalla, mugían furiosos los tigres.





## El domador de tigres

La victoria de los caníbales era completa. Aquel ataque furioso e irresistible, sus lanzas, sus pesadas mazas, y sobre todo la superioridad de su número, veinte veces mayor al de los defensores, habían triunfado sobre el valor y las armas de fuego de los hombres blancos.

Los marineros, después de haber hecho prodigios de valor y de haber visto caer a seis de los suyos, se hallaron impotentes para contener la furiosa irrupción del enemigo. Así es que apenas fueron intimidados por la voz de Bill, se apresuraron a ponerse en salvo en lo alto de los palos, asidos en el que les era más fácil defenderse, en tanto que el capitán, después de ver el barco completamente asaltado por los caníbales y de rendirse el brazo dándoles hachazos y cuchilladas, se retiró a toda prisa al camarote de miss Ana, cerrando y atrancando la puerta para impedir, o tardar al menos, la bajada de los antropófagos al cuadro de popa.

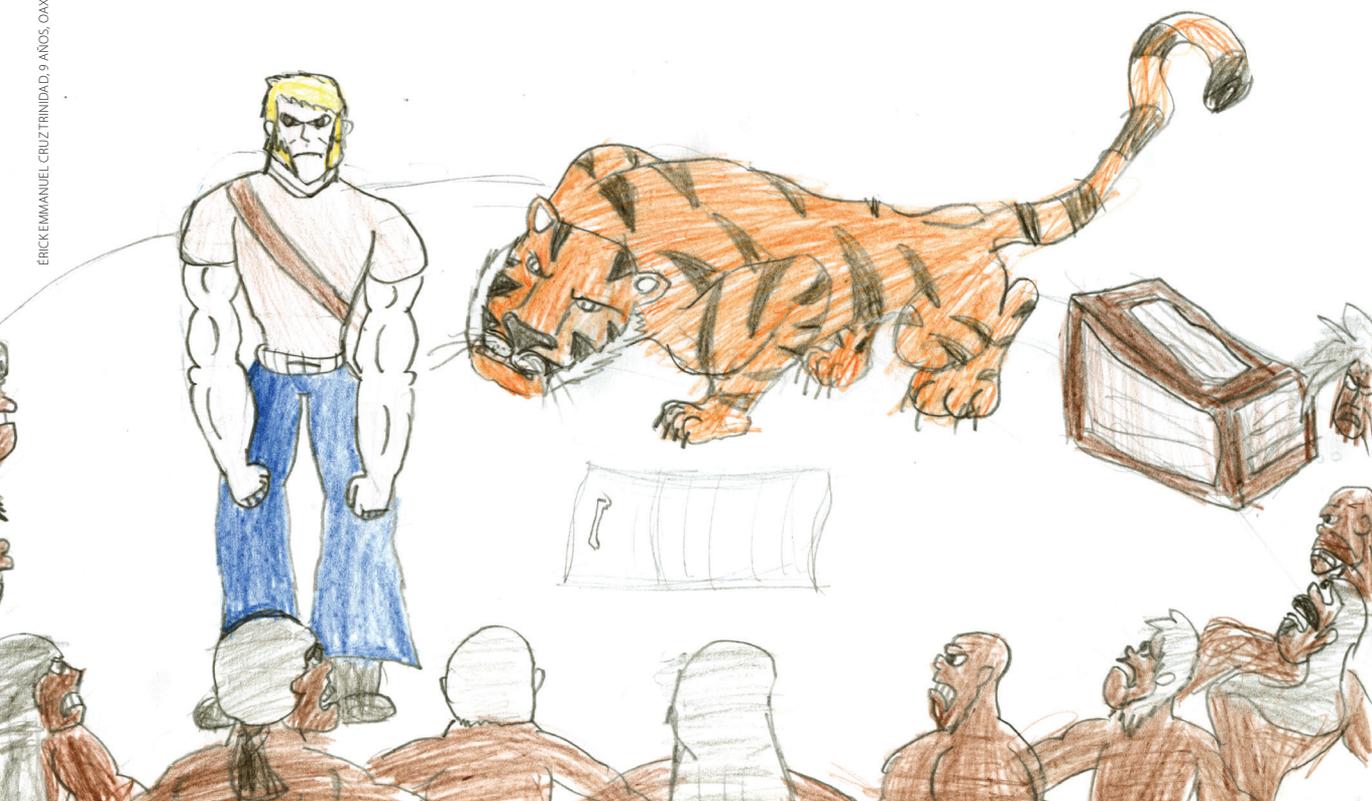


Ya los marineros se consideraban perdidos, cuando se oyó la voz de Bill que salía de las profundidades de la estiba:

—¡Sus!... ¡Sus!... ¡Tigre! —gritaba amenazador—. ¡Adelante, cordera mía!... ¡Arriba hay un buen banquete!...

Un instante después, una tigre enorme, la más grande de los doce que había en las jaulas, se lanzaba fuera de la escotilla, cayendo como un rayo destructor en medio de los salvajes.

Pareció a lo primero sorprendida de encontrarse en tan numerosa compañía; pero en seguida, avivados sus instintos por el olor de la sangre que bañaba la cubierta del buque y respondiendo a su tremenda ferocidad, se encogió como un gato y saltó sobre los indios lanzando un poderoso rugido. De dos zarpadas mató dos hombres y en seguida dio un salto de quince pies y cayó sobre otros dos.





Ante aquel animal tan feroz y fuerte los salvajes, que no lo habían visto jamás y que no sabían a qué raza pertenecía, fueron presa de un supersticioso terror, que aumentó más aún cuando se apercibieron de que destrozaba materialmente cuantos hallaba ante su paso.

Aquello fue una fuga general. Locos por el terror se precipitaban al mar desde las amuras, desde el puente, desde el castillo de proa, cayendo en confuso montón sobre los que estaban en las canoas y abandonaban las armas. Los remeros, presa también del pánico, bogaron a toda prisa y huyeron desesperadamente hacia la costa, sin detenerse siquiera para recoger a los que nadaban con el fin de alcanzar las canoas, y que al verlas huir daban gritos de rabia y de desesperación, imaginando que aquel monstruoso animal iba a lanzarse al agua para devorarlos.

En pocos minutos en el puente de la *Nueva Georgia* no quedó un salvaje vivo... —¡Hurra, hurra! —gritaron los marineros desde los penoles—. ¡Viva Bill!

Entonces se abrió la escotilla de proa que comunicaba con la cámara de los marineros y apareció con un hacha en la mano. Viendo el puente desembarazado de enemigos, avanzó con intrepidez hacia el enorme tigre, que se ocupaba en triturar con sus potentes mandíbulas los miembros de los salvajes.



—¡Bill! ¡Bill! —gritaron los marineros—. ¡Cuidado, que el tigre te va a destrozar!

—¡Vete! —dijo Bill al animal, señalándole con un gesto enérgico la boca de la escotilla.

El tigre permaneció inmóvil mirándole con los ojos de fuego. Cualquiera otro hubiera huido apresuradamente ante aquella manifestación hostil, pero Bill siguió avanzando.

El extraño hombre parecía transfigurado. Sus facciones demostraban en aquel instante una energía suprema y una voluntad increíble y de sus ojos parecía brotar chispas.

Se paró a tres pasos del tigre, que continuaba rugiendo, y señalándole otra vez la entrada de la escotilla, repitió con una voz que tenía una entonación particular.

—¡Vete!

Entonces la tripulación, que presenciaba con estupor aquella inesperada escena, vio a la terrible fiera dirigirse lentamente con la espalda agachada y la cabeza baja, como si no pudiera resistir la fascinadora mirada de aquel hombre, hacia la escotilla y bajar a la estiba.

Bill siguió con el brazo siempre levantado, descendió al interior del buque detrás del tigre, y poco después se oyó el rechinar de los

hierros de la jaula, donde había vuelto a encerrarle. En seguida volvió el náufrago al puente.

—Podéis bajar —dijo alzando la vista hacia la tripulación, todavía admirada—, el tigre está ya en su jaula.

Dirigiéndose a la escalera de popa, llamó al capitán Hill, que se decidió a subir a cubierta acompañado de Ana.

—¿Y los salvajes? —preguntó con ansia el americano al ver el puente libre.

—Huyeron —respondió tranquilamente Bill.

—¿Les soltasteis los tigres?

—Bastó uno para poner en fuga a los antropófagos.

—Gracias, Bill, por lo que habéis hecho. Sin vos estaría perdido mi buque a estas horas y todos seríamos prisioneros.

—Vos me salvasteis a mí y yo os he salvado —respondió el náufrago con voz sorda—. Ni nada os debo ni nada me debéis: estamos en paz.



LUIS ARMANDO RUIZ ALTAMIRANO, 10 AÑOS, DELEGACIÓN COYOACÁN, D.F.



# La gran marea

La marea en tanto continuaba subiendo.

A las once había ya cubierto casi todo el banco y se oían crujidos bajo el asta de proa, señal evidente de que el velero tendía a levantarse. Media hora después había dos pies de agua sobre el banco.

Era el momento oportuno para intentar un primer esfuerzo.

—¡Cada cual a su puesto! —ordenó el capitán Hill.— La marea va a alcanzar su altura máxima.

La tripulación se inclinó sobre las espas y dio vuelta al torno con sobrehumana energía. Las cadenas de las dos anclas arrojadas al banco se pusieron en tensión bruscamente, pero las puntas de hierro resbalaron.

—¡Esperemos! —dijo el capitán—. ¡Ahora, amigos!

Añadió luego:

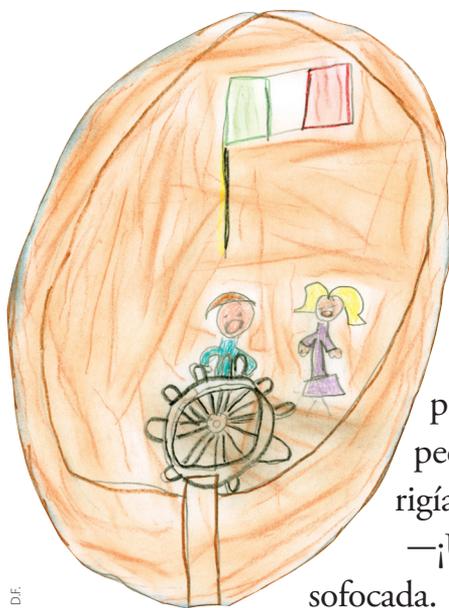
—¡Un esfuerzo o nos eternizaremos en este banco!

Los marineros siguieron dando la vuelta al torno con una especie de furor, marcándose los músculos de sus brazos en tal forma que parecía que iban a estallar.

Todos tenían las frentes empapadas en sudor, pues sabían que la propia salvación dependía de sus fuerzas.

La vida para ellos acabaría de desastroso modo si la nave no se ponía a flote, pues ninguno ignoraba que los salvajes esperaban cerca con los dientes afilados.





El buque crujía cada vez más al empuje de tantos vigorosos brazos, pero no acababa de ponerse a flote.

El capitán Hill, a pesar de su valor, se había puesto pálido y sentía que el corazón le saltaba del pecho. Un vago temor comenzaba a invadirle y dirigía sobre Ana miradas de desesperación.

—¡Un esfuerzo aún, muchachos! —exclamó con voz sofocada.

Asthor y los tres o cuatro hombres que dirigían la maniobra acudieron en ayuda de sus compañeros. Aquel nuevo esfuerzo fue decisivo.

El buque osciló bruscamente y se deslizó sobre el banco, primero despacio, después con mayor rapidez y últimamente quedó balanceándose en el mar libre.

Un inmenso grito de alegría se escapó de la tripulación, al que hicieron eco otros de furor, seguidos de espantosas vociferaciones.

Los salvajes, al ver la nave dejar el banco y comprendiendo que se les escapaba la presa, se lanzaron en confuso montón sobre las canoas y acudían de todas partes para dar un desesperado asalto.

—¡Alerta! ¡Los salvajes! —gritó Asthor. Que se había dirigido a popa.

—¡Demasiado tarde, mis queridos amigos! —exclamó el capitán Hill triunfante.

—¡Orza la barra y virar de a bordo!

Aquella maniobra fue ejecutada con fantástica rapidez, tanto era el terror que imponían los salvajes. La *Nueva Georgia* giró en derredor de los escollos que formaban al banco y salió a plena mar con las velas desplegadas, dirigiéndose hacia el Oeste.



JOSÉ DAVID GONZÁLEZ SILVA, 7 AÑOS, DELEGACIÓN IZTAPALAPA, DF.



BRENDA GUADALUPE RIVERA MONTOYA, 10 AÑOS, SAN LUIS POTOSÍ.

Las largas canoas de los figianos no se detuvieron por eso. Pasaron casi volando sobre el banco y continuaron la caza, maniobrando furiosamente con los remos; pero, como había dicho muy bien el capitán, era demasiado tarde.

El barco huía con la velocidad de una tromba marina, y en breve estuvo muy lejos de aquellos salvajes habitantes del archipiélago figiano, que perdieron toda esperanza de alcanzarle.

Cuando el capitán Hill no los vio ya, lanzó un suspiro de satisfacción.

—¿Vamos derechos a Australia, papá? —preguntó Ana.

—Derechos, sin detenernos en ninguna parte, porque no veo el momento de desembarazarme de dos cargas peligrosas.

—¿A cuáles te refieres?

—A los tigres y a los náufragos.





—Tú la tomas siempre con esos infelices.

—Te he dicho que tengo mis motivos.

—Si te preocupan, ¿por qué no los dejas en cualquier isla?

—Si puedo, lo haré.

—¿No hay cerca alguna donde no puedan correr peligro?

—Ante nosotros tenemos el archipiélago de las Nuevas Hébridas y más al sudoeste la Nueva Caledonia; pero ambas están pobladas de salvajes peores que los figianos.

—¿Y no hay islas deshabitadas?

—Un tiempo fueron numerosas; pero después han ido siendo ocupadas poco a poco.

La población humana crece constantemente, a pesar de las grandes bajas que producen las guerras y las epidemias, y llegará un día en que no haya sitio para todos en el mundo.

—¿Qué dices? Recuerda que hay continentes que tienen todavía espacios inmensos por habitar: África, Australia y las dos Américas.

—Es verdad; pero dentro de dos siglos no habrá un solo territorio desierto. Los hombres de ciencia han estudiado varias veces este problema y han deducido que antes de mucho la población del globo no encontrará sitio suficiente y se verá obligada a diezmarse con continuas guerras o... ¡volviendo a la antropofagia!

—¡Es increíble!

—Y, sin embargo, es cierto, Ana, y voy a explicártelo mejor. Los

sabios han notado que la superficie terrestre tiene veintiocho millones de millas cuadradas de tierras fértiles, catorce de estepas y cuatro de desiertos; y han calculado que el máximo de habitantes que esa superficie de tierra puede alimentar es de doscientas siete personas por milla cuadrada en los terrenos fértiles, diez en las estepas y uno en los desiertos. Resulta de esto que cuando la población del globo alcance la cifra de cinco mil novecientos noventa y cuatro millones, no habrá terreno disponible para alimentar mayor número de personas. ¿Te parece exacto el cálculo?

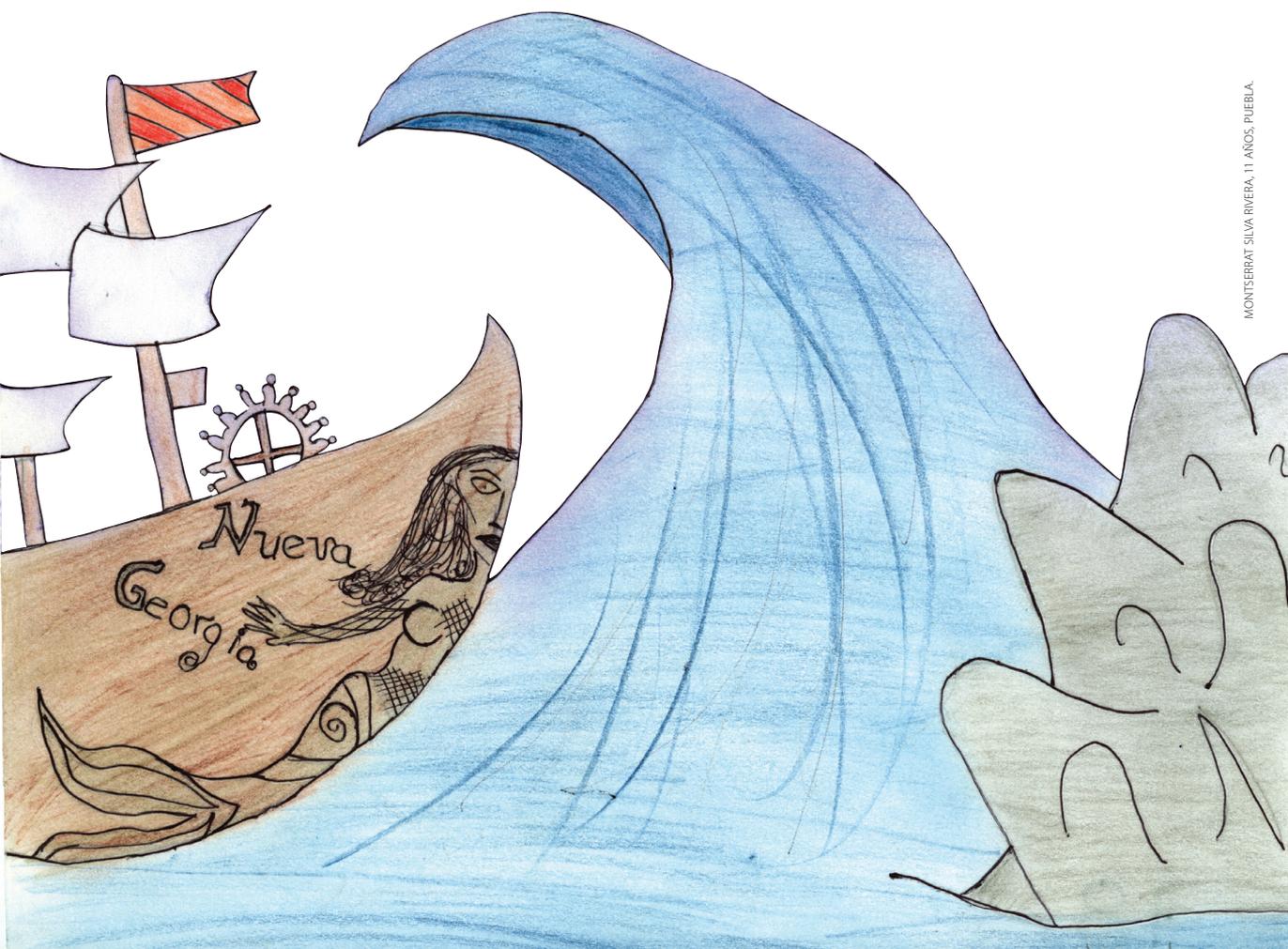
—Y justo —respondió Ana después de algunos minutos de reflexión—. Pero ¿cuántos años transcurrirán antes de que la población sea tan numerosa?

—Por término medio se cree que el número de habitantes aumenta en la tierra cada diez años en un ocho por ciento. Partiendo de este cálculo, los cinco mil novecientos noventa y cuatro millones de habitantes podrían vivir dentro de doscientos años. ¿Qué son dos siglos para la humanidad? Nada.

—¡Espantan esos cálculos!

—No diré lo contrario, y yo no desearía estar vivo dentro de doscientos o trescientos años. Además, el progreso científico e industrial habrá hallado el medio de hacer más fértiles las tierras; habrá encontrado el modo de que sean productivos los desiertos y las estepas; pero esto será no más que un paliativo. La población seguirá creciendo, la tierra no bastará a contenerla y nuestros nietos no tendrán otra alternativa que la de destruirse en guerras terribles o la de comerse los unos a los otros, a menos que descubran el medio de llegar a la luna o cualquier otro planeta, cosa bastante difícil a mi parecer. Por fortuna, nosotros no estaremos ya vivos y hará ya

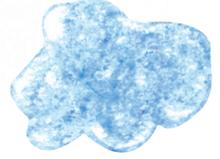
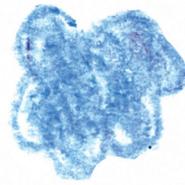
quién sabe cuántos años que dormiremos el sueño eterno, o en la profundidad de los abismos marinos, o bajo unos cuantos pies de tierra. Pero dejemos a un lado estas filosofías y vamos a comer, Ana, que tenemos necesidad de ello.











## Semblanza de Emilio Salgari

Emilio Salgari (Italia, 1863-1911), uno de los escritores más populares y leídos por diversas generaciones de niños y jóvenes de todo el mundo, es autor de más de 130 cuentos y 80 novelas de aventuras que han gozado de gran aceptación a través del tiempo y han sido traducidas a muchísimos idiomas e incluso llevadas a la pantalla grande.

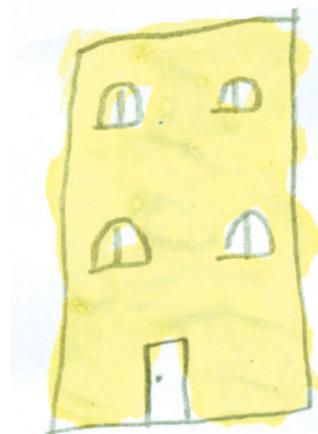
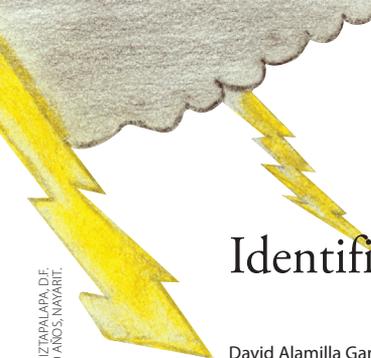
Emilio Salgari inició sus estudios en el instituto técnico y naval de Venecia, y en ese periodo sus experiencias como hombre de mar, que lo llevaron a viajar a lo largo de las costas del Adriático para después navegar por el Pacífico como capitán de distintos barcos, influyeron significativamente en su literatura, ya que muchos de sus personajes están basados en personas reales que conoció durante esos años.

Entre las obras más famosas del escritor italiano se encuentran las series dedicadas a los piratas de Malasia y a los corsarios del Caribe, con títulos como *Los piratas de la Malasia*, *El corsario negro*, *La reina de los Caribes* y *El capitán Tormenta*, además de la creación de populares personajes como Sandokán, Morgan o Yáñez de Gomara, quienes no sólo son valientes y arrojados, sino que actúan siempre a partir de principios morales como la justicia, el honor, la defensa de los débiles, la fidelidad a las ideas y a los amigos.

Reconocido como uno de los principales renovadores de la literatura italiana para jóvenes, y autor de auténticos *best sellers*, Emilio Salgari falleció en la ciudad de Turín, en su natal Italia, el 25 de abril de 1911.

# Identificación de imágenes

- David Alamilla García, 11 años, Delegación Iztapalapa, D.F., contraportada, pág. 90  
Olga Karina Alcudia Hernández, 12 años, Tabasco, pág. 106-107  
Jorge Alcudia Payro, 8 años, Tabasco, pág. 111  
Steven Alfonso Altamira, 10 años, Guerrero, pág. 99  
Paulina Alvarado Bailon, 10 años, Baja California, pág. 93  
Aida Lizeth Andrade Vargas, 12 años, Colima, contraportada, pág. 66  
Lussiana Argüelles Moreno, 12 años, Delegación Iztapalapa, D.F., pág. 65  
Nuim Arreola Rojas, 11 años, Colima, pág. 87, 88  
Asniey Arvizu, 6 años, Sonora, pág. 32  
Joaquín Ávalos Palafox, 12 años, Colima, pág. 50  
Elsi Madian Barajas Bautista, 9 años, Delegación Iztapalapa, D.F., pág. 93  
Edahy Miguel Barranco Chávez, 11 años, Biblioteca Vasconcelos, D.F., pág. 25  
Marlene Bonilla Lima, 10 años, Tlaxcala, pág. 30  
Shandy Chaparro, 11 años, Chihuahua, pág. 38  
Javier Contreras Vázquez, 10 años, Puebla, pág. 61  
Jaquelin Córdova de la Cruz, 11 años, Tabasco, pág. 16  
Érick Emmanuel Cruz Trinidad, 9 años, Oaxaca, pág. 67, 94  
María Paula Delgado Moreno, 10 años, Atizapán de Zaragoza, Estado de México, pág. 58  
Natalia María Delgado Moreno, 8 años, Atizapán de Zaragoza, Estado de México, pág. 84  
Noé Ubaldo Domínguez, 12 años, Delegación Iztapalapa, D.F., pág. 70  
Jesús Eduardo, 11 años, Atizapán de Zaragoza, Estado de México, pág. 110  
Patricio Escartín Murillo, 10 años, Biblioteca Vasconcelos, D.F., pág. 45  
José Fredy Fernández Alonso, 12 años, Puebla, pág. 54  
Óscar Mariano Franco Nuño, 12 años, Atizapán de Zaragoza, Estado de México, pág. 80  
Carlos Eduardo Freig Ramírez, 9 años, Sonora, pág. 31  
Karen Itzel Flores Rosales, 11 años, Aguascalientes, pág. 11  
Iván Galindo Martínez, 11 años, Puebla, pág. 3  
Ricardo Gallardo Carrillo, 11 años, Delegación Venustiano Carranza, D.F., pág. 83  
Niza Fernanda García Alfaro, 12 años, Delegación Iztapalapa, D.F., pág. 64, 75  
Iván Gómez Morales, 12 años, Tabasco, pág. 22  
Ulises Gómez Sánchez, 12 años, Puebla, pág. 14  
Ariana Itatí González Meneses, 10 años, Campeche, pág. 15  
Ximena González Nieves, 5 años, Puebla, pág. 97  
José David González Silva, 7 años, Delegación Iztapalapa, D.F., pág. 101  
Franciela Guadalupe, 11 años, Sinaloa, pág. 31  
Ana Judith Guatemala García, 12 años, Aguascalientes, pág. 74  
Diego Guerra Monroy, 9 años, Delegación Iztapalapa, D.F., pág. 27  
Carla Mishel Guzmán Rubio, 10 años, Quintana Roo, pág. 23  
Luis Miguel Heredia Perera, 11 años, Guanajuato, pág. 64  
Ana Cristhel Hernández Castellano, 12 años, Tabasco, pág. 102, 103  
Dana Paola Hernández Osorio, 9 años, Puebla, pág. 39  
Mariano Hernández Salgado, 10 años, Delegación Iztapalapa, D.F., pág. 100  
Octavio Hernández Salgado, 7 años, Delegación Iztapalapa, D.F., pág. 17  
Rafael Herrera Cervantes, 12 años, Atizapán de Zaragoza, Estado de México, pág. 89  
Elizandra Hilario Andrés, 12 años, Guerrero, pág. 4  
Gabrielle Alexandra Icedo, 6 años, Sonora, pág. 111  
José Manuel Jiménez Ramos, 12 años, Guerrero, pág. 19  
Diana Fabiola Kauil Chan, 11 años, Quintana Roo, pág. 53  
Carlos Leal Salazar, 10 años, Atizapán de Zaragoza, Estado de México, pág. 89  
Amanda Amelie López Valdez, 5 años, Nuevo León, pág. 5  
Azucena Lucas Caballero, 11 años, Hidalgo, contraportada, pág. 69





Jesús Clarissa Machado Gutiérrez, 12 años, Sinaloa, pág. 9  
Miguel Eduardo Maldonado Estrada, 8 años, Veracruz, pág. 56  
Luis Enrique Márquez Rojas, 10 años, Atizapán de Zaragoza, Estado de México, pág. 79  
Jesús Márquez Valderrabano, 11 años, Puebla, pág. 25  
Johan Medina Ávila, 12 años, Ciudad Nezahualcóyotl, Estado de México, pág. 7  
Leticia Adamaris Medina Ávila, 11 años, Ciudad Nezahualcóyotl, Estado de México, pág. 26  
Cinthia Mendoza de la Cruz, 11 años, Nuevo León, pág. 9  
María Fernanda Mesa González, 10 años, Veracruz, pág. 29, 35  
Javier Guadalupe Meza Monrrete, 11 años, Sinaloa, pág. 10  
Liseth Michel Merino Santiago, 8 años, Atizapán de Zaragoza, Estado de México, pág. 78  
Luis Fernando Minerio Alvarado, 12 años, Aguascalientes, pág. 75  
Lorena Moncada Auriolos, 8 años, Atizapán de Zaragoza, Estado de México, portada, pág. 6  
Juan Morales Millán, 8 años, Puebla, pág. 12-13  
Valeria Moreno Trujillo, 10 años, Atizapán de Zaragoza, Estado de México, pág. 42  
Alondra Morgan Ponce, 9 años, Baja California, pág. 103  
Rubí Carolina Mosqueda Cambranis, 12 años, Campeche, pág. 62, 63  
Fernando Iván Murillo Hernández, 7 años, Nuevo León, pág. 112  
Rocío Ortiz Martínez, 12 años, Puebla, pág. 44  
Mariela Carlota Parra Galaviz, 11 años, Sinaloa, pág. 55  
Jesús Eduardo Peña Serrano, 10 años, Tlaxcala, pág. 37  
Olinser Daniel Peraza Esquivel, 10 años, Nayarit, pág. 110  
Henoc Oliva Pérez, 8 años, Guanajuato, pág. 41  
Itzel Donaji Pérez García, 11 años, Tabasco, pág. 108  
Fátima Gissel Ramírez Delgado, 7 años, Puebla, pág. 67  
Diego Ramírez Hildefonso, 12 años, Puebla, pág. 41  
Claudia Reyes Aguillón, 12 años, Atizapán de Zaragoza, Estado de México, pág. 16, 20  
Nancy Nohemí Rivera Espino, 11 años, Chihuahua, pág. 18  
Brenda Guadalupe Rivera Montoya, 10 años, San Luis Potosí, pág. 101  
Alfonso Daniel Rodríguez Olvera, 12 años, Colima, pág. 109  
Azael Rojas Dimas, 6 años, Puebla, pág. 2  
José Luis Romero Plácido, 11 años, Delegación Venustiano Carranza, D.F., pág. 111  
Karen Itzel de la Rosa Costa, 7 años, Delegación Venustiano Carranza, D.F., pág. 34  
José Eduardo de la Rosa Ortiz, 10 años, Puebla, pág. 68  
Nadia Sandoval Ruiz, 8 años, Hidalgo, pág. 60  
Luis Armando Ruiz Altamirano, 10 años, Delegación Coyoacán, D.F., pág. 98  
Samantha Santiago Ortiz, 5 años, Biblioteca Vasconcelos, D.F., pág. 9  
Erick Saúl Santiago Ramírez, 10 años, Delegación Iztapalapa, D.F., pág. 110  
Aura Eleanor Shuth Aguado, 7 años, Veracruz, pág. 35, 36  
Montserrat Silva Rivera, 11 años, Puebla, pág. 105  
Carlos Antonio Solís Barba, 9 años, Baja California, pág. 96  
Fátima Arizeth Tello Torres, 9 años, San Luis Potosí, pág. 48, 49  
Raúl Omar Tello Torres, 11 años, San Luis Potosí, pág. 109  
Carolina Tlaque Juárez, 9 años, Puebla, pág. 1  
Leopoldo Torres Aguilar, 11 años, Puebla, pág. 40  
Carolina Uc Pérez, 11 años, Tabasco, pág. 71, 76  
Karen Yazmin Ulin Ruiz, 11 años, Tabasco, pág. 8  
Margarita Irene Valencia Gómez, 6 años, Delegación Iztapalapa, D.F., pág. 92  
Érika Valenzuela Serrano, 10 años, Puebla, pág. 86  
Ángel Valle Martínez, 12 años, Durango, pág. 46  
Vanessa Vargas Hernández, 9 años, Puebla, pág. 57  
Naomi Vásquez Trinidad, 10 años, Oaxaca, pág. 97  
Mayro Montserrat Vázquez, 10 años, Aguascalientes, pág. 66  
Edson J. Vega López, 9 años, Delegación Iztapalapa, D.F., pág. 85, 91  
Citlali Abigail Virgen González, 9 años, Guanajuato, pág. 21  
Abner Emmanuel Zarco García, 9 años, Nayarit, pág. 95  
Federico Arturo Zúñiga Buendía, 11 años, Durango, pág. 72, 73



CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES

Consuelo Sáizar  
Presidenta

Raúl Arenzana Olvera  
Secretario Ejecutivo

Fernando Serrano Migallón  
Secretario Cultural y Artístico

Fernando Álvarez del Castillo  
Director General de Bibliotecas

GOBIERNO DEL ESTADO DE PUEBLA

Rafael Moreno Valle  
Gobernador

Luis Maldonado Venegas  
Secretario de Educación Pública

Saúl Juárez Vega  
Secretario Ejecutivo del Consejo  
Estatel para la Cultura y las Artes

*Viaje increíble por el Océano Pacífico:  
Emilio Salgari para niños*

Beatriz Palacios  
Edición y coordinación

Natalia Rojas Nieto  
Diseño

Irery Medina Urbina  
Formación

Virginia Sáyago Vergara  
Producción

Rocío Villegas Albarrán  
Selección de textos

Lourdes Domínguez  
Selección de dibujos



*Viaje increíble por el Océano Pacífico:  
Emilio Salgari para niños*

Se terminó de imprimir en los talleres de Impresora y Encuadernadora Progreso,  
S.A. de C.V. (IEPSA), en Diciembre de 2011. La edición consta de diez mil ejemplares.

Autor de numerosas novelas de aventuras, Emilio Salgari ha sido uno de los escritores más leídos de todos los tiempos, cuyas obras han gozado de gran aceptación y sus personajes se convirtieron en todo un hito que traspasó las fronteras italianas en el ocaso del siglo XIX y los albores del XX.

En el marco de la conmemoración del centenario luctuoso del autor de *El corsario negro*, *Sandokán* y *El capitán Tormenta*, entre otros libros memorables, la Dirección General de Bibliotecas del Conaculta y el Gobierno del Estado de Puebla ponen al alcance de las nuevas generaciones el presente volumen, con la intención de enriquecer su experiencia lectora y abrir la posibilidad de descubrir y disfrutar el cúmulo de aventuras que Emilio Salgari nos entrega en estas páginas.

